BUFOS ARDERIUS.

GALERIA

DE OBRAS LITERARIAS, DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SITIO DE PARIS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN PROSA Y VERSO.

PRECIO: OCHO REALES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

Repertorio de las obras que administra la Galería Dramática de los BUFOS ARDERIUS, en todos los teatros de España y Ultramar.

COMEDIAS.

ACTOS.	TÍTULOS.	PROPIEDAD.
3	La verdadera Carmañola	Libro.
3	Soto, Sotillo y Compañía	Idem.
1	Por andar á picos pardos	Idem.
1	En busca de una sospecha	Idem.
1	El final de un duo	Idem.
1	Si hablará?... Si no hablará?	Idem.
1	Viva España	Idem.
1	Lo s dos amigos y el oso	Idem.
1	El arte por las nubes	Idem.
1	El Elixir de Cagliostro	Idem.
1	El teatro moderno	Idem.
1	Empréstitos voluntarios	Idem.
1	Un hipócrita	Idem.
1	Los puntos negros	Idem.
1	La estrella de la Córte	Idem.
1	El Proscripto	Idem.
1	El testamento de un héroe	Idem.
1	Descarga de artillería	Idem.
5	Bernardo el calesero	Idem.
5	Los amigos de los pobres	Idem.
4	Los aventureros	Idem.
4	Pizarro ó la Conquista del Perú	Idem.
4	Los Desamparados	Idem.
3	El capitan de la muerte	Idem.
1	La capilla de Lanuza	Idem.
1	Perro, 3, 3.° izquierda	Idem.
1	Trapisondas por amor	Idem.
1	Un hombre honrado	Idem.
1	La suegra	Idem.
1	Los gabanes	Idem.
1	Por huir del vecino	Idem.
1	Un enredo de amor	Idem.
1	Elegido y elector	Idem.
3	El sitio de París	Idem.
1	Celia	Idem.

ZARZUELAS.

ACTOS.	TÍTULOS.	PROPIEDAD.
4	La gran Duquesa de Gorolstein	Música.
4	Genoveva de Brabante	Libro y música.
4	Los cómicos de la legua	Libro.
3	Kaho-lim	Libro y música.
3	El primer dia feliz	Libro.
3	La Soberanía nacional	Idem.
3	El toque de Animas	Idem.
3	El Rey Midas	Música.
3	Los infiernos de Madrid	Idem.
3	Los órganos de Móstoles	Idem.

EL SITIO DE PARIS.

EL SITIO DE PARÍS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

ELOY PERILLAN Y PEDRO MARQUINA.

Estrenado con grande aplauso en el Teatro de Novedades, el 9 de Diciembre de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIETA	Sra. Revilla (Rita).
PAULINA	Srta. Ruiz (María).
GRISETA 1.ª	Chavarría (Cornelia).
IDEM 2.ª	Moreno (N.).
CATALINA (Vecina 1.ª)	Rodriguez.
VECINA 2.ª	Martin.
MR. BERTRAND	Sres. Farro (D. Rafael).
LUIS (Su hijo)	Fuentes (Julio).
GUSTAVO KŒNEL	Obon (Urbano).
BAUTISTA (Criado)	Catalán (Nicolás).
MR. MARTIN	Macarro (Francisco).
SARGENTO KLEBEL	Catalá (Francisco.).
GENERAL PRUSIANO	Ruesga (Antonio).
MR. BRUNET	Dean (Miguel.)
PILLUELO 1.º	Hernandez (Julian).
UN OFICIAL DE GUARDIA MÓVIL	Alonso.
UN HOMBRE DEL PUEBLO	Ortiz.
PILLUELO 2.º	Catalán (Antonio)
IDEM 3.º	Catalán (R.).
CABALLERO 1.º	Sanchez.
IDEM 2.º	Barrios.
IDEM 3.º	Ruiz.
SOLDADO 1.º	Feijoo.
IDEM 2.º	Leal.
IDEM 3.º	Diaz.

Soldados prusianos, guardia nacional, pueblo, hermanos de la doctrina cristiana, camilleros, etc.

NOTAS Á LOS SEÑORES DIRECTORES DE ESCENA PARA LA REPRESENTACION DE ESTE DRAMA.

1.ª La decoracion del acto segundo será nevada, si es posible: la cancion alemana del oficial Gustavo, puede cantarla otro con sólo variar el *vuestra* que dice el sargento por *nuestra*, ó suprimirse toda enlazando la escena. El ataque debe ser muy rápido: los hermanos de la caridad con túnicas negras y cruz roja en el brazo.

2.ª El Arco de la Estrella, muy fácil de imitar en perspectiva: tenia dos murallones á los costados para preservarle del bombardeo.—Los autores.

AL DISTINGUIDO ACTOR

NUESTRO QUERIDÍSIMO AMIGO

PEPE MONTENEGRO.

(DIÁLOGO AL VUELO.)

PEPE. ¿Por qué no escribís un drama sobre algun episodio de la guerra franco-prusiana? (Esta pregunta se hizo el dia 1.° de Diciembre.)

NOSOTROS. Pues... porque no nos ponemos á ello...

PEPE. Escribidle y me reservo una cena de confianza en la noche *del estreno.*

NOSOTROS. Cenaremos... si no hay grita. (Perillan murmuró: ¡Y si la hay... tambien!)

CINCO DIAS DESPUES.

NOSOTROS. Hoy se ha leido el drama y le acepta Pepito Mayquez.

PEPE. Oh! cena segura.

CUATRO DIAS MÁS TARDE.

NOSOTROS. Vamos á cenar, Montenegro. El público ha aplaudido EL SITIO DE PARÍS. Y la dedicatoria del drama te corresponde de derecho; admítela como una pruebra de la amistad que le profesan

LOS AUTORES.



ACTO PRIMERO.

Gabinete octógono con puerta al foro y laterales.—Algunos cuadros colgados en las paredes.—Un sillon antiguo.—El decorado debe hacer comprender que es extranjero, aunque no de época lejana.—Aparecen Bertrand en el sillon, y Marieta á su lado.

ESCENA PRIMERA.

BERTRAND, MARIETA.

BERT. Oh! no sabes el placer que experimento! Este dia será de eterno recuerdo para mí! Casada ya con el hombre á quien amas, con el único á quien has amado, ¡qué porvenir el vuestro y cuán tranquilas van á ser las últimas horas de mi existencia!

MAR. Sí: ya os puedo llamar mi padre porque sois el padre de mi esposo. ¡Y cómo no he de conservar, mejor que vos. eterno recuerdo de este dia en que, á los siete meses de nuestra boda, llegais aquí, al seno de la familia!... Luis, que es tan bueno, tan cariñoso, que os ama tanto, cuidará conmigo de vuestro reposo; vivireis feliz y se calmarán vuestros achaques. Porque exagerais, mi venerable monsieur Bertrand; exagerais vuestra edad de una manera lastimosa; ¡no sois tan viejo que no podais com-

partir una veintena de años la felicidad de vuestros hijos!

BERT. ¡Veinte años, Marieta! ¿Sabes lo que son veinte años para quien ha pasado ya de los setenta? ¡Veinte imposibles!

MAR. Ah! no!... teneis ejemplos que apoyan mi augurio. ¿No vive monsieur Brunet en su nueva casa de la Plaza de la Estrella?

BERT. Monsieur Brunet!... mi antiguo camarada!...

MAR. Sí: el que cuenta como vos las jornadas de Napoleon... el que fué con vos á Prusia, Austria, Rusia...

BERT. No nos separábamos un minuto!... oficial de la misma batería que yo mandaba, Brunet llegó á ser mi hermano... los amigos en la guerra son hermanos; son los recuerdos vivientes del amor de la familia... Ah! Marieta! has citado el nombre de un compañero inolvidable, y esto me enternece.

MAR. ¿Os hace sufrir, por ventura, la memoria de aquellos hechos?

BERT. No, por el contrario: me hace gozar. Ostento en mi pecho las insignias que en aquellas victoriosas campañas obtuve y ¡ya lo sabes! idolatro la memoria de Napoleon Primero; me trasporta la imaginacion, que como hija del alma no envejece, á los dias del triunfo; y esto en vísperas de ver otra vez á Francia en guerra... me conmueve de una manera singular.

MAR. ¡La guerra! aprension! no espereis que eso se lleve á efecto. Luis me ha dicho esta mañana que las últimas noticias recibidas del embajador de Berlin son tranquilizadoras. Y ademas, ¿qué nos importa la guerra á nosotros? Sois rico; monsieur Martin d'Epinal administra vuestros cuantiosos bienes y, quietos en el hogar, léjos de las contiendas, nada turbaria nuestra felicidad, ¿no es así?

BERT. Oh! la guerra, Marieta! Tú no conoces la trascendencia de esta palabra... no sabes cuántas lágrimas, cuánta sangre y cuántas ruinas vienen con ella para la huma-

nidad!... Á todas partes alcanza su dominador influjo... á todos amenaza y todo lo destruye. ¿Piensas que un matrimonio, así como Luis y tú; que una casa pacífica como esta; que mis bienes, vuestros ya, estarian libres de todo riesgo? No, Marieta. Yo, que he peleado en suelo extraño con aquel genio inmortal de las batallas, que llevaba en su mano el cetro de los mundos... yo, que he penetrado en las aldeas de Rusia y de Alemania talándolo todo, llevando el espanto y la desolacion á los habitantes inofensivos... yo sé lo que es la guerra. ¡No quiera Dios que se abran otra vez las cataratas del cielo para ahogar á los pueblos y castigar su soberbia provocando estas luchas fratricidas. ¡Haga el cielo que no sea cierto lo que Kœnel me ha asegurado!

MAR. Kœnel! ¿le habeis visto?

BERT. Iba con Luis al ministerio de Negocios extranjeros... no se separan un momento desde que se anunció la probabilidad de la guerra...

MAR. ¿Y con qué objeto iban al ministerio?

BERT. Sabes que ese artista, Gustavo Kœnel; pintor como Luis, y su amigo íntimo desde hace algunos años... es aleman.

MAR. Y aunque la guerra se declare ¿qué motivo hay para que Gustavo se aleje de París, donde tiene un amigo inseparable, casi un hermano?

BERT. Forzosamente tendria que alejarse, como de Berlin nuestros compatriotas. Una vez declarada la guerra, ellos son enemigos de la Francia y nosotros somos sus enemigos. ¡Desde entónces la razon de Estado condena las leyes del corazon, y hay que rechazar al que ántes se queria, como nosotros queremos á Gustavo!... Pero... creo que son ellos... (*Aparecen al foro Luis y Gustavo.*)

ESCENA II.

DICHOS, LUIS, GUSTAVO.

LUIS. ¡Marieta!

MAR. Luis mio!... te esperábamos con impaciencia!... Muy buenas tardes, señor Gustavo!...

GUST. Perdonad, Marieta, si ayer no vine á saludaros como de costumbre: ¿estais contenta? sois tan feliz como yo creo?

MAR. Sí, Gustavo... realizada ya hace algunos meses la más halagüeña de mis ilusiones; casada con Luis, ¿qué más puedo ambicionar? ¡Nos queremos tanto! Y en verdad que á vos debo una gran parte de mi dicha.

GUST. ¡Marieta!

MAR. Sí: á no haber sido por vuestra actividad en el despacho de nuestros papeles de boda durante la enfermedad de Luis, se hubiera retrasado algun tiempo... sois muy bueno!...

BERT. (Con Luis.) Pero ¿es cierto, hijo mio?

LUIS. Sí, padre; las calles de París están cuajadas de animados grupos, y de todos ellos salen un entusiasta viva á la Francia y un terrible ¡muera! á los alemanes...

MAR. Cómo! qué es eso? De qué hablais?

BERT. (La ambicion! siempre la ambicion!)

LUIS. Estaba refiriendo á papá las noticias que corren...

GUST. Bien tristes por cierto, Marieta!

MAR. Ah! Dios mio! ¿sucede algo extraordinario?

LUIS. Sí: la declaracion de guerra es un hecho oficial. Hace media hora terminó la sesion del Cuerpo legislativo é inmediatamente, París entero se ha lanzado á las calles... No se vé otra cosa que banderas, músicas, algazara por todas partes... Oís?... (Voces confusas y la Marsellesa.)

BERT. (¡La Marsellesa! Oh! ese himno me recuerda tantas glorias pasadas y me anuncia tantas amarguras!) Ea... señor Gustavo... no os amilaneis por eso... ¡qué diablo! os marchais, vais á vuestra patria.

GUST. Ese es mi deber...

BERT. Ah! sí! deber santo, ineludible. En eso estamos conformes... pero ¡quién sabe! Terminada la guerra volvereis con vuestros pinceles á París, al estudio de mi hijo...

Vos no tendreis que ir al campamento...

GUST. Ah! monsieur Bertrand... ¿y si en vez de repasar la frontera con mís pinceles, como acabais de decir, cuando vuelva á pisar el suelo de la Francia, acaso los alrededores de París, tengo que empuñar un fusil ó una espada? En la landwer alemana caben todos los alemanes.

BERT. Pero... ¿qué estais diciendo? Repasar la frontera con las armas en la mano? Entrar en París con un fusil?... Os habeis vuelto loco, señor Gustavo, y siento que desperteis en mí un entusiasmo quizás adormecido... Estad seguro de que los fusiles franceses llegarán más cerca de Berlin que los vuestros de la frontera!...

GUST. Sea lo que Dios disponga, Mr. Bertrand...

LUIS. (Papá!... qué imprudencia!)

BERT. No extrañeis este arranque patriótico en un veterano, mi querido Kœnel... ¡perdonadme!

MAR. ¿Es decir que á la fuerza teneis que marchar?

GUST. Sí: Luis y yo hemos recogido el pasaporte con algun tiempo de anticipacion... y no es posible que dilate mi viaje...

LUIS. (¡Pobre Gustavo!) Cuando quieras pasaremos al estudio para que Bautista arregle tus caballetes...

GUST. Sí, vamos! hay que hacer el equipaje!... Señor Bertrand... hasta luégo... Marieta...

MAR. (¡Está conmovido!)

LUIS. No, Marieta debe acompañarnos... tiene las llaves del estudio... (¡Qué agitacion!)

MAR. Vamos pues... papá... adios!

BERT. Adios... hijos mios! (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA III.

BERTRAND, BAUTISTA luégo.

BERT. Sí... hijos mios son!... Gustavo ha vivido largos años en mi misma casa, al lado de Luis... ha sido su compañero de ilusiones, y entre ambos han concluido todos estos cuadros en que mi vista y mi corazon se recrean... Pero

¿es esto posible? Otra vez la Francia en guerra! En guerra y sin tener un genio como el de aquel ilustre capitan que humilló á tantos enemigos! Ah! el sobrino quiere imitar al tio... ¿lo conseguirá? Pero ¿qué no se consigue con este pueblo grandioso? de qué no se triunfa con nuestros soldados?

BAUT. (Entrando.) ¡Por fin, por fin... señor... qué alegría!...

ESCENA IV.

DICHO y BAUTISTA.

BERT. Vamos á ver... calavera... ¿qué aspavientos son esos?

BAUT. Aspavientos, señor! Así llamais á las bélicas expansiones de un corazon francés?

BERT. Ea!... ménos palabrería y al asunto!

BAUT. Pues... si apenas respiro de gozo! El asunto es que Francia es el primer pueblo de la tierra...

BERT. En algun tiempo... no digo que no! Cuando yo ceñia mi espada de oficial!...

BAUT. Pues aquellos tiempos vuelven... Sí señor... vuelven aquellos tiempos en que... la gloriosa bandera de la Francia se enarbolaba sobre... yo no sé sobre qué, pero el hecho es...

BERT. El hecho es que tú eres un estúpido y yo un necio en escuchar tus sandeces...

BAUT. ¡Estúpido yo... señor! Yo que acabo de estrechar la mano del autor de la *Linterna*, el ínclito Rochefort! Yo que he silbado á Mr. Thiers!

BERT. Imbécil! Y es esa la hazaña que vienes á contarme? ¿Es esa la manera que teneis de honrar á la Francia?...

BAUT. Pero... señor! si todo el mundo dice que Mr. Thiers es un traidor...

BERT. Mentira! Los sábios rara vez son traidores... los franceses siempre han sido leales!...

BAUT. El hecho es que él ha sido el único que se ha opuesto á la declaracion de guerra en el Cuerpo legislativo...

BERT. Qué dices! Ah, patria mia, ¡qué estado será el tuyo

cuando ese grande hombre teme por tus banderas!)

BAUT. Pero qué importa una voz de oposicion cuando tódo un pueblo pide entusiasmado volar al combate?... No se oye más que ¡viva la Francia! ¡viva el Emperador! á Berlin... Mueran los prusianos!... Un longista de la esquina ha cerrado su tienda y colocado un gran cartelon en que dice con letras gordas: «Cerrado, hasta que se firme la paz en Berlin!» Ay! señor, ¡qué contento estoy!... Voy á ser soldado; voy á ver de cerca aquellas batallas que vos contais...

BERT. Aquellas batallas no volverán á verse, Bautista... Napoleon cayó en Santa Elena y con él se desplomó en su tumba el genio de la guerra... el imperio de la paz...

BAUT. Bah! señor... ahora tenemos ametralladoras... los regimientos las pasean con una funda como los paraguas, para que nadie se entere del busilis... Los prusianos no tienen más que fusiles de chispa. Ademas, el Emperador tambien sabe pelear... Díganlo Crimea y Solferino!

BERT. Solferino! Crimea! Esas no son mas que escaramuzas comparadas con las Pirámides y Waterlóo...

BAUT. Waterlóo! donde se hundió la Francia!

BERT. Donde el Emperador se hizo inmortal, pese á la traicion... Ah! si por algo me inclino á esta guerra, es por ser Prusia con quien vamos á medir las armas... No quisiera morir sin ver á esa nacion de rodillas ante el poderío de las águilas francesas!

BAUT. No hay cuidado, señor... no hay cuidado, que ahora llevarán su merecido!

BERT. ¡Quién sabe, Bautista; quién sabe!... Esa gente no hace más que estudiar, calcular y beber cerveza... Nosotros soltamos alharacas con las ametralladoras, ¡y si ellos las tuvieran!...

BAUT. Lo dirian!...

BERT. No, Bautista! el prusiano se ha hecho hombre, mientras el francés se ha vuelto niño!

BAUT. Niño, eh? pues si todos son como yo... no la han de contar los prusianos; precisamente tengo un coraje!...

¡Si creo que con tres como yo, hay suficiente para tomar á Berlin!... En eso de valor, no hay quien me aventaje... y en poniéndome yo sério, ya pueden venir fusiles de aguja y cañones y... (Se oye ruido al foro.)

ESCENA V.

DICHOS y PAULINA.

PAUL. Señor... Señor!...
BAUT. Eh? qué es eso? (Ocultándose detrás de Bertrand.)
BERT. ¡Voto á Marengo! Firmes, señor Bautista!... (Enarbolando el baston.) Mirad que libraré á la Francia de un cobarde!...
BAUT. Cobarde!... Quiá, no señor! ¡si es el valor el que me pone así... el valor me excita los nervios!...
BERT. Pues yo tengo un medicamento especial para esa dolencia!...
BAUT. No hay cuidado, ya se pasó.
PAUL. (Entrando.) Ay! Señor... vengo asustada!...
BAUT. Quién te persigue? habla... aquí estoy yo para...
BERT. Hazte allá, mentecato... Cuenta tú, ¿qué ocurre?...
PAUL. Muchos grupos de gente pasan por la calle, dando voces con gesto amenazador. Por todas partes se oye gritería, y parece que París se ha convertido en un infierno!...
BERT. Infierno! Hace tiempo que lo es... pero no temas, esos diablos no vienen por tí...
PAUL. Y se puede saber á qué viene ese barullo?
BERT. Viene á que Francia despierta por fin de su letargo...
BAUT. Se despierta de su letargo!...
BERT. Y quiere vengar los ultrajes recibidos...
BAUT. Los ultrajes!... esa es la palabra!...
BERT. Y se alzará por fin triunfante!...
BAUT. ¡Eso! eso... se alzará...
BERT. ¿Quieres callar, bolonio?
BAUT. Perdonadme, señor!... teneis razon, soy un bolo... nio;

pero dejadme hablar, que aún no os lo he contado todo... Vos no sabeis lo que ocurre... los mejores periodistas, los diputados, los banqueros, todo el mundo celebra la declaracion de guerra... Nunca se han visto tan concurridos los hoteles... allí entre el ruido de las copas y al calor de los mejores vinos (que sabeis que dan espíritu al más cobarde), se dicen versos, se improvisan discursos y los gritos de ¡guerra á Berlin! son los postres de todas las comidas!

BERT. Eso es! Á la generacion de bronce ha sucedido la raquítica generacion del vicio!... En vez de afilar la espada embotan el cuchillo de los postres; en vez del himno de guerra, el entusiasmo de la crápula... la efervescencia del Champagne parodiando el estampido del cañon. ¡Magnífica apertura de la guerra! Ah! duerme en paz, Napoleon, la Francia ha muerto. (*Se deja caer en el sillon.*)

BAUT. Qué es eso, señor? (¡Pobre hombre, chochea.) Oid, Paulina, ya sabeis que me muero por vos...

PAUL. ¿Ahora salís con eso?

BAUT. Es que voy á ser persona importante, y pienso daros participacion de mi importancia!... sí, porque una vez tomado Berlin... mi posicion variará por completo, eh? como que pienso ser uno de los primeros que se vean por allá...

PAUL. Por dónde?

BAUT. Por Berlin...

PAUL. Ya baja!

BAUT. Ni baja ni sube!... Van á nombrarme sargento... y una vez sargento, ya me tienes en camino para ser general.

PAUL. En camino, sí... ¿Como no te quedes en él!...

BAUT. Cómo?

PAUL. Si te dan un balazo...

BAUT. No: voy á ser de ligeros, y procuraré que no me le den... En ese caso... yo general... y tú... ¡y vos generala!...

PAUL. Ay! pero eso es posible?

BAUT. Hazte cuenta que te ves en ello...

PAUL. Ay! qué gusto; yo generala; yo luciendo mis trajes en la grande ópera!...

BAUT. Del brazo... eh! así... y yo lleno de placas, con una magnífica casaca... ostentando mis ilustres bigotes...

PAUL. Ay! señor Bautista!

BAUT. Ay! señora generala!...

LOS DOS. ¡Tran, la, la... la, la, la!... (Empiezan á simular un paso de can-can.)

BERT. ¡Miserables! (Levantándose.) ¿Es así como pretendeis reconquistar las glorias de la patria?... ¿Respondereis al cañon prusiano con esa danza ridícula y degradante?... ¡Y es á vuestras manos donde ha venido á parar la herencia del César francés! ¿Para esto he cruzado yo la nieve de los Alpes? Huid, huid de mí... Léjos, muy léjos... Ah! patria mia, tus hijos son tus mayores contrarios!... (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

PAULINA y BAUTISTA.

Han quedado al foro arrinconados por Bertrand; cuando éste desaparece, se miran atónitos y prorrumpen en una carcajada.

BAUT. ¡Señora Paulina!

PAUL. ¡Señor Bautista!

BAUT. Á no ser por mi natural valor, os confieso que me hubiera aterrado el aspecto de esa venerable ruina del viejo imperio!...

PAUL. El hecho es que os pusísteis pálido!...

BAUT. Era natural... como vos: el respeto luchando con la indignacion, produce en el rostro ciertas transformaciones... ¡no lo dudeis! á mí me lo ha dicho el ayuda de cámara de monsieur Ricort, que, como sabeis, es un médico notable.

PAUL. Es extraño! Yo creí que la palidez, en ciertos casos, provenia del miedo!...

BAUT. Pues estais en un error... porque en ese caso, á todos los negros se les tomaria por valientes ¡y sobre todo el amo es el amo y hay que guardarle ciertas consideraciones...

PAUL. Ay! Señor Bautista! Si delante del enemigo discurrís de ese modo, temo que mi título de generala y vuestras placas, van á ser un cuento de las *Mil y una noches.*

BAUT. No temais! la cólera del enemigo no me inquieta...

PAUL. La cólera no, pero las cargas de caballería, cuando veais caer los hombres á cientos, y sobre todo... el ruido del cañon... (Se oye un cañonazo.)

LOS DOS. Ay! Ay!...

BAUT. Ay! Ay! qué gusto... qué gusto! ya suena el cañon. (¿Dónde me meteré?) Pero ¿qué veo? estais temblando!... ¿qué es eso, señora generala... temblar una francesa... ¡voto á mil rayos!

ESCENA VII.

DICHOS, MARTIN.

MARTIN. Ah! valiente! (En el foro.)

BAUT. ¡Ay, ay! (Asustándose.)

PAUL. Já! já! já! ¡pobre Bautista!

MARTIN. Qué os sucede, amigo mio, ¿teneis dolor de muelas?

BAUT. Eso... sí! estoy un poco delicado. (¡Maldito seas!)

PAUL. ¡Já! já! já!...

BAUT. (¡Generala! me estais comprometiendo!)

MARTIN. ¿Quereis pasar recado á Mr. Bertrand?

PAUL. Al momento!... me alegraré del alivio... señor Bautista. ¡Já! já! já!... (Váse corriendo.)

MARTIN. Parece que vuestra... enfermedad hace gracia á Paulina...

BAUT. ¡Qué quereis, Mr. Martin! las mujeres tienen rostro de ángel y corazon de demonio!... lo he leido en un folletin. (¿Pérfida... me pagarás el ratito.) Conque... estoy

á vuestras órdenes.,. ¡ay! ay! ay!... (Váse quejándose con una mano puesta en el carrillo.)

ESCENA VIII.

MARTIN.

MARTIN. (Se oye otro cañonazo.) El pueblo de París celebra la declaracion de guerra con salvas de artillería, mientras la Alemania permenece silenciosa, ¡oh! los prusianos lo entienden: no quieren gastar en salvas la pólvora, que pudiera despues hacerles falta! Pobre París y pobre imperio... la soberbia os arrastra al abismo! ¿Y qué me importan á mí las desgracias de la patria? Dichoso yo, si merced á ellas, pudiese alcanzar á satisfacer mis deseos!... Eh! quién sabe? hoy más que nunca me acude la esperanza. Si los prusianos llegasen á la capital, Luis es pundonoroso, y tomaria las armas para defender á París... Marieta sola, en medio de los horrores de la guerra! Sí... mi plan es excelente!... Ah! Monsieur Bertrand, con ese casamiento habeis muerto, hace seis meses, mi deseo y mi ambicion... pero yo desharé vuestra obra! Ella es... Disimulemos! (Aparece Marieta por la izquierda: Martin se adelanta á darla respetuosamente la mano.)

ESCENA IX.

DICHO y MARIETA.

MAR. Ah! sois vos... Monsieur Martin!... (Queriendo retirarse.)

MARTIN. No temais, señora... vuestro matrimonio me impone deberes que no dejaré de cumplir. Si en algun tiempo la pasion que me inspirasteis me llevó, bien á pesar mio, á molestaros con ridículas pretensiones, hoy, respetando vuestra posicion, hallareis en mí, en vez del pretendiente importuno, el más humilde de vuestros criados.

MAR. Agradezco, Monsieur Martin, vuestras leales palabras,

pero á pesar de ellas, bien conoceis que mi permanencia á vuestro lado debe serme... molesta por lo ménos.

MARTIN. No veo la razon... á ménos que no hayais dicho á vuestro esposo...

MAR. Ni mi esposo ni mi padre tienen noticia alguna de vuestras antiguas pretensiones, aunque nada de extraño hubiera habido en manifestárselas, pues siempre os mantuvisteis conmigo en los límites del respeto...

MARTIN. Gracias... señora!...

MAR. Quiero haceros justicia. Pero me ha parecido conveniente ocultarles la pasion que abrigasteis hácia mí, para alejar cualquier motivo de disgusto!...

MARTIN. Por mí, señora, segura estais...

MAR. Sí: vos sois un hombre de experiencia y habreis tenido, por consiguiente, fuerza de voluntad para olvidar lo pasado. Pero mi marido es demasiado jóven para no dar abrigo á los celos, siquiera sean infundados.

MARTIN. Teneis razon.

MAR. Por otra parte, descubierta vuestra antigua pasion, hubierais estado aquí, si no disgustado, molesto por lo ménos, sabiendo que los dos poseian vuestro secreto... y mi padre, que así le llamo ya á monsieur Bertrand, os estima demasiado para privarse de vos.

MARTIN. Ya sabeis que correspondo sinceramente á la amistad que monsieur Bertrand me dispensa...

MAR. Lo sé, y por lo tanto, si quereis, no hablaremos una palabra más en el asunto...

MARTIN. Como querais...

MAR. (¡Creo que no podrá abrigar una esperanza!...)

MARTIN. (Oh! no es posible ceder. Sus palabras han redoblado mi empeño!) (Aparecé Bertrand por la derecha.)

ESCENA X.

DICHOS y BERTRAND.

BERT. Mi querido monsieur Martin! Qué caro os vendeis, amigo mio!...

MAR. El cuidado de vuestra hacienda exige toda mi atencion! (Se dan la mano.)

BERT. En verdad que es difícil encontrar un arrendatario más exacto que vos en el cumplimiento del deber. Os aseguro que, desde los tiempos del imperio, los hombres de vuestra probidad escasean.

MARTIN. Vuestra simpatía exagera la bondad de mis cualidades. Yo no paso de ser uno de vuestros mejores criados.

BERT. Amigo, habreis querido decir; amigo. Á no ser por vos mis tierras hubieran perdido mucho. Vuestra actividad y, sobre todo, vuestra inteligencia, han aumentado considerablemente las rentas de mi casa, y quisiera hallar medio de expresaros mi agradecimiento...

MARTIN. (Ya es tarde!)

BERT. Deseais algo?

MARTIN. Nada más, sino que arreglemos inmediatamente nuestras cuentas...

MAR. Qué?...

BERT. ¿Nos abandonais?

MARTIN. Léjos de mí esa idea...

MAR. Entónces...

MARTIN. Olvidais que el Parlamento francés ha acordado declarar la guerra á la Prusia?

BERT. Lo sabia...

MARTIN. Las salvas de artillería que hace un momento sonaron, demuestran el júbilo con que el pueblo de París, acoge la noticia de tal declaracion.

BERT. Pero... ¿eso qué tiene que ver?...

MARTIN. Con vuestras rentas? mucho, señor Bertrand. Esta guerra va á ser una de las más sangrientas que registre la historia. Prusia es una nacion ya fuerte y poderosa: la juventud francesa grita ¡á Berlin! pero vos y yo, que tenemos más experiencia de los hombres y de las cosas, debemos temer que las balas prusianas se estrellen en las murallas de París. Así lo teme monsieur Thiers, y no olvidemos que este ilustre patricio, es el más eminente de los políticos con que cuenta la Francia.

MAR. ¡Dios mio!

MARTIN. Si mis temores se realizasen, todos los franceses útiles se verian precisados á empuñar las armas, y yo no quiero morir, dejando pendientes mis asuntos administrativos.

BERT. ¿Conque es decir que puede llegar un dia en que yo vea á la patria más desdichada de lo que es?¿Es decir, que las águilas que avanzaron en Rusia con honor, pueden retroceder en Francia con vergüenza? Pero si estos temores son fundados, ¿qué hace el emperador?

MARTIN. Avanzar por su camino de muerte. Se alzó sobre los hombros del pueblo y no sabe sostenerse; el pueblo le precipita: perdida la cabeza, el cuerpo rueda al más leve empuje. Si los prusianos triunfan, el nombre de Napoleon se extingue; y muerto Napoleon, muere el imperio. Hay glorias que no pueden sostenerse y... se derrumban.

BERT. Me matais, monsieur Martin, y nada os digo, porque presiento que no os equivocais. Desde el desastre de Santa Elena no me asombran las catástrofes del mundo. ¡Pobre Francia!

MARTIN. No temais, Mr. Bertrand! Francia tal vez será vencida, pero no muerta. Necesita un gran castigo que sea una grande enseñanza para los pueblos de Europa. Necesita ser humillada para levantarse poderosa. Las naciones, como los planetas, tienen sus épocas de luz y oscuridad. El astro francés se eclipsará; lo creo así; pero, despues del eclipse, brillará más radiante su luz.

BERT. Vuestras palabras me consuelan; pero ¿no pudiera ser ménos desastrosa la caida, retardando esa maldecida guerra? (Se oyen gritos y gran ruido lejano.)

MARTIN. Imposible! ¿Oís ese rumor?

MAR. Dios mio!...

MARTIN. No os asusteis... es el pueblo que pide sangre alemana... Oponerse á su marcha es querer que se detenga ante el débil junco la catarata del torrente.

BERT. ¡Cúmplase lo que Dios ordene! (El ruido se acerca poco á poco hasta la salida del pueblo.)

ESCENA XI.

DICHOS, PAULINA, BAUTISTA.

Salen precipitadamente: Bautista se oculta detrás de Bertrand y Paulina detrás de Maricta.

BAUT. Ay! ay! señor...
PAUL. Se... señora!
BERT. ¿Qué te pasa, imbécil?
MAR. ¡Cielos, qué sucede?
MARTIN. Explicaos...
BAUT. Señor... yo no soy cobarde... pero hay momentos...
BERT. Mil rayos! ¡Si acabarás de explicarte!
BAUT. Señor... ¡vienen á matarnos!
MARTIN. Cómo?
MAR. Qué?
BERT. Bautista! no seas necio y dí lo que ocurre!
BAUT. Como no puedo reprimir los ímpetus de mi valor...
BERT. Ya lo veo!
MARTIN. Sí!...
BAUT. Sí señor; porque si ahora tiemblo es de corage, nada más que de corage...
BERT. Acabas?
BAUT. Pues el hecho es, que al salir de casa y á la vuelta de la esquina, he encontrado un grupo como de treinta hombres que estaban proyectando, ¿qué direis?
BERT. ¿Qué?
BAUT. Pues, nada menos que venir á esta casa y sacar ensartado en las bayonetas al señor Kœnel, á quien, segun dicen, han visto entrar con el señorito Luis. Haceis muy mal, señor, haceis muy mal en sostener relaciones con ese aleman...
BERT. Y serian capaces?...
BAUT. Tú, tú, tú... Pues está el horno para... prusianos!
MARTIN. Sí... Mr. Bertrand, es preciso tomar una determinacion...

MAR. ¡Padre mio!...

PAUL. Señor!...

BAUT. Discurramos... digo, discurrid!...

BERT. Venga mi espada, Bautista! y entre tú y yo verás qué pronto damos cuenta de esa canalla...

BAUT. Sí... sí señor... á ellos. (Suena un golpe.) Ay!

BERT. Qué?

BAUT. Digo... que... ahí!... ahí... están!...

MARTIN. Conteneos, Mr. Bertrand: poneos vuestra cruz de la Legion y habladles en nombre del honor...

BERT. Decís bien! Voy á cumplir vuestros deseos. Veremos si esos bergantes tienen ménos corazon que los soldados de la Guardia... Tú, vé á abrir, Bautista. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos BERTRAND, PUEBLO.

BAUT. Yo! yo he de abrir á esa turba? No, no señor... mi dignidad...

MARTIN. Sí; tu dignidad: efectivamente. Es muy prudente tu dignidad; pero no temas; yo abriré...

MAR. Pero... vais?...

MARTIN. No hay cuidado, señora. Para ser amo del pueblo, basta saberle obedecer. (Váse por el fondo.)

BAUT. ¡Dios te salve María!...

PAUL. ¡Llena eres de gracia!...

MAR. Cerremos, por si acaso. (Cierra la puerta de la derecha.)

MARTIN. (Entrando: Pueblo detrás.) Vamos á ver, amigos... qué deseais? Los dueños de esta casa, quieren complaceros.

UN HOMBRE. Sabemos que aquí se oculta un aleman, y queremos sacarle fuera.

MARTIN. Ese aleman no necesita vuestra insinuacion para salir.

MAR. Apenas ha tenido noticia de la declaracion de guerra, ha venido á arreglar su equipaje.

UN HOMBRE. No importa, queremos sacarle.

PUEBLO. Que salga.

BAUT. (¡Creo en Dios padre!)
PAUL. (Todopoderoso...)
MARTIN. ¿Atropellareis las leyes más sagradas para cumplir con un capricho tan extraño?
MAR. No respetais á una débil mujer?
HOMBRE. Pues que se presente!
TODOS. ¡Que se presente!
BAUT. (Padre nuestro...)
PAUL. (Que estás en los cielos...)
HOMBRE. Mirad que estamos perdiendo el tiempo. Hoy han de salir de París todos los alemanes, y si alguno se resiste...
TODOS. ¡Que muera!...
MAR. ¡Dios mio!...
LUIS. Marieta! (Empujando la puerta.)
MAR. Oh! no salgais!...
GUST. (Desde dentro.) Abrid, abrid! (La puerta cede y se presentan Luis y Gustavo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, GUSTAVO.

LUIS. ¿Qué es esto, señores? ¿qué sucede en mi casa?
HOMBRE. Sabemos que aquí hay un aleman...
GUST. Ese aleman soy yo, ¿qué me quereis?
HOMBRE. Que salgais con nosotros fuera de París.
GUST. Vuestro mandato no tiene para mí ninguna autoridad. Saldré cuando me convenga... y saldré solo.
HOMBRE. Insolente!
TODOS. ¡Muera, muera! (Á la vez.)
LUIS. ¡Villanos! (Idem.)
MAR. ¡Dios mio! (Idem.)
BAUT. (Yo pecador!) (Idem.)
PAUL. (Me confieso...) (Idem. Se presenta á la puerta de la derecha Monsieur Bertrand, vestido con uniforme de oficial antiguo de la guardia; con espada ceñida, y sobre el pecho la cruz de la Legion de honor. Su salida produce un rumor breve.)

ESCENA XIV.

DICHOS, BERTRAND.

BERT. ¡Miserables!
TODOS. Ah!
MAR. ¡Padre mio!
BERT. ¿Qué es esto? ¿Con qué derecho allanais la casa de un veterano del Imperio? ¿Sois vosotros los hijos de aquellos que pasearon sus banderas por Europa? ¿Quereis empezar la guerra pisoteando sus leyes? Este jóven está en mi casa; le protejo yo... un oficial de la Guardia de Napoleon primero, que cubre las heridas de su pecho con esta cruz, ganada en cien batallas! Salid de aquí, miserables, ó ¡voto á las Pirámides que, á pesar de mis canas os apaleo como á perros, ya que habeis mancillado el honor de la sangre francesa. (Silencio general. Bautista se frota las manos.)
HOMBRE. Señor... yo no sabia... compañeros. ¡Viva monsieur Bertrand!
TODOS. ¡Viva!
MARTIN. (Oh! pueblo!)
GUST. Gracias, monsieur Bertrand!...
BERT. Id, y el cielo os vuelva á nuestros brazos!...
GUST. Señora!...
MAR. Dios os proteja!
GUST. Bautista... Paulina...
PAUL. BAUT. } Señor!... (Lloriqueando.)
BERT. ¡Abridle paso!.... (El pueblo deja libre la puerta, y Gustavo sale apoyado en Luis. Se oye la Marsellesa.)
UNA VOZ. (Fuera.) ¡Viva el Emperador!
TODOS. (Saliendo.) Viva! á Berlin! á Berlin!...
MARTIN. (Oh! Será mia!)
BERT. Dios salve á la Francia! (Cuadro final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Decoracion nevada.—*Gourbi* ó puesto de las avanzadas alemanas frente á París.—Á la izquierda del espectador una choza formada con leños y escaso ramaje.—Al fondo un puentecito angular con rambla de bajada por el lado izquierdo: bosque detrás.—Á la derecha una batería, en la que se ve una cureña: plataforma en primer término.—Aparece Gustavo, oficial de la *landwer*, con una copa en la mano. Los Soldados que le rodean, así como el sargento Klebel, con botellas y cigarros.—Un centinela, que aparece sobre el puente, recibirá tambien una botella, beberá, y á los pocos momentos de acabar la escena quinta bajará dando traspiés como embriagado.—Á la derecha, detrás de la batería, tres soldados delante de una pequeña hoguera, cuya sola luz ilumina la escena.—Á la izquierda, en los teatros donde sea posible, un caballo ensillado y un soldado *hulano*, que monta al mediar la escena primera y se va por detrás de la choza.

ESCENA PRIMERA.

GUSTAVO, KLEBEL, SOLDADOS 1.°, 2.° y 3.° Grupo animado.

GUST. ¡Acaba ya ese atavío!
monta y vuela hácia el cuartel
general... y entrega en él
en seguida el parte mio.
(Dando un pliego al hulano.)

KLEBEL. Señor Gustavo, aquí están
haciendo una indicacion...
GUST. ¿Qué quieren?...
KLEBEL. Vuestra cancion.
GUST. Pues, ¡vaya *El Rhin aleman!*
(Exclamacion de alegría.)

CANTO.

Ya las orillas del ancho Rhin,
del enemigo libres están...
¡hurra! valientes! gloria sin fin!
para el ejército aleman!
CORO. ¡Hurra! gloria sin fin...
vivan, vivan los hijos del Rhin.
GUST. De los franceses constante afan
es la ribera del ancho Rhin,
y á sus orillas no alcanzarán
los que juraron ir á Berlin.
CORO. Cantemos con afan...
viva, viva el Rhin aleman!
(Chocan las copas.—Gustavo se retira á la batería, donde toma un anteojo.)
KLEBEL. Afuera penas! bebamos,
que esta es jornada de albricias;
y vienen buenas noticias
de Versalles!...
SOLD. 1.° Sí?... Sepamos!
SOLD. 2.° ¿Qué ocurre?
KLEBEL. Ocurre que al fin
se cumple nuestro deseo,
y empezará el bombardeo
mañana... ¡poco jollin
se va á armar en la ciudad
cuando nuestros proyectiles
lluevan á cientos y á miles!...
¡Va á ser una tempestad ·

de hierro!...

SOLD. 1.° ¡Pobre París!

SOLD. 2.° ¡Pobre dices! que lo aguante;
él nos ha arrojado el guante
y hemos de darle un mentís.

KLEBEL. Tienes razon! su arrogancia
impremeditada y loca,
con nuestra saña provoca
las desventuras de Francia.
En esa moderna Atenas,
templo del sibaritismo,
alcázar del egoismo,
donde no anidaron penas;
en esa gran capital
que al universo regía,
y donde el hombre vivia
en perpétua bacanal;
como castigo á su yerro,
de que no quiso enmendarse,
va muy pronto á desplomarse
una montaña de hierro.
Hay quien en creer se aferra
que es crímen nuestra ambicion:
leyes de la guerra son
y Francia buscó la guerra.
Hoy su espiacion comienza,
y es dilema de su suerte,
si no capitula, muerte,
si capitula... vergüenza!

SOLD. 1.° Bien por Klebel!

SOLD. 2.° ¡Bien... Sargento!
mas no tan pronto te calles....
¿qué nuevas hay de Versalles?

SOLD. 3.° ¿Envió ya el Parlamento
sus delegados?...

KLEBEL. Ayer
por la mañana vinieron,

y en manos del rey pusieron,
ensanchando su poder,
de uno de los aliados
el mensaje... ¡no hay misterio!
Se ha proclamado el imperio,
y hay que acatarle, soldados!
Guillermo, á cuyo valor
se deben nuestras victorias,
en recompensa á sus glorias
ha ascendido... á Emperador!

SOLDS. ¡Hurra á Guillermo!

KLEBEL. Mañana,
segun dicen... con reserva,
va á salir una caterva
de esa tropa ciudadana
que en París se organizó
cuando, entregado Sedan,
vió el pueblo inútil su afan,
y cerca el abismo vió.

SOLD. 1.° ¿Lo sabeis á punto fijo?

KLEBEL. Sí: me han informado bien:
he visto á monsieur Martin [1]
hablando á Kénel... le dijo...
pero vuelvo á repetir
que son cosas delicadas
estas, y más arriesgadas
que el fuego...

SOLD. 1.° ¡No hay que advertir!...
¡Hablad, Sargento!...

KLEBEL. ¡Mucho ojo!
que al que la boca se le abra
y pronuncie una palabra
de compromiso, le cojo
y sin más apelacion,

1 Pronúnciese Martén.

quiéralo así ó no lo quiera,
le pongo de tapadera
en la boca de un cañon!

SOLD. 2.° Descuidad, Klebel!...

KLEBEL. Pues bien...
ya os he dicho el otro dia
que de nuestra policía
es jefe monsieur Martin.
Vive en París: allí inquiere
lo que hay... buscando el producto,
(Seña de contar dinero.)
pues tiene salvo-conducto,
y entra y sale, cuando quiere.
Para anunciar por el dia
lo que llega á olfatear,
no tiene más que mandar
á los de su policía.
Éstos, la vida en un trís
ponen y, en pliegos cerrados,
nos anuncian, detallados,
los proyectos de París.
Si de noche le es preciso
anunciar algo notable,
tiene un sistema admirable
para mandar el aviso.

SOLD. 1.° Algun disparo!

KLEBEL. ¡Avestruz!
ese era el único modo
de comprometerlo todo...
él se vale de la luz!
coloca en los miradores
de su casa á este propósito
farolillos apropósito
con cristales de colores...
(Ilumina la escena un rayo de luz roja por la derecha.)
¡Extraña casualidad!...
Veis?... Silencio, majaderos!

¿veis lucir cuatro mecheros
lejanos?

SOLD. 1.° Pues es verdad!

KLEBEL. Segun la combinacion,
por el oficial trazada,
eso me dice...

TODOS. Qué?...

KLEBEL. Nada...
(Hoy sale la guarnicion!)

SOLD. 1.° ¿No sabeis qué significan
esas luces?

SOLD. 2.° ¡Sí, lo sabe!
pero lo oculta...

KLEBEL. ¡Es muy grave
lo que esas luces indican!
Ea! vaya cada cual
á su puesto en el *gourbí*...
yo tengo que estar aquí
al lado del oficial.
¡Á ver si se bebe poco!

SOLD. 1.° Hasta apurar las botellas.
Nuestro consuelo está en ellas...
(Los soldados se van cantando.)

KLEBEL. (Hoy salen!... no me equivoco!)
(Gustavo se separa de la batería.)

ESCENA II.

GUSTAVO, KLEBEL.

GUST. (Monsieur Martin anuncia una salida de la Guardia Nacional!... Ese telégrafo misterioso, comprado á la traicion, vale más de lo que parece, aunque no todo lo que cuesta.) Eh! Sargento Klebel!...

KLEBEL. Mi oficial... presente!

GUST. Es necesario enviar, á todo escape, un correo al general y hacer los preparativos convenientes para la lucha...

KLEBEL. ¡Cómo! esta noche?...

GUST. Sí... me lo dicen desde París.

KLEBEL. ¡Desde París!

GUST. Eso te admira... Cierto es que no tienes motivos para estar al corriente...

KLEBEL. Cierto, mi oficial.

GUST. Que ignoras la significacion de ciertos recursos nocturnos...

KLEBEL. Cierto, mi oficial!

GUST. Y que no sabes quién es monsieur Martin; ese caballero que visita el *gourbí* con tanta frecuencia...

KLEBEL. Cierto, ciertísimo, que no sé una palabra... mi oficial. (Si no tuviera el oido que tengo!)

GUST. En marcha, pues! Ah! se me olvidaba... ¡Sargento Klebel! lleva eso á tu puesto de guardia! (Señalando un cuadrito, pinceles y paleta, que debe haber sobre la plataforma de la batería.)

KLEBEL. (¡Lo de siempre! pinturitas... pues bueno está el tiempo para dibujos!... Este oficial es muy señorito... pero no trata mal á la gente...)

GUST. Ea! ménos pereza ó tiro de hoja y te doy los postres de la merienda imperial!...

KLEBEL. Voy... voy en seguida... (¡Un paisaje nevado!... delicioso... muy bonito...) Sí... ya voy!... (Váse por la izquierda entrando en el gourbí y saliendo luégo.)

ESCENA III.

GUSTAVO, en la batería de la derecha.

¡Pobre París! Cuál despiertas
en mí un mundo de recuerdos
y cuánto sufro contigo
y cuánto te compadezco!
¡Cuna de mis ilusiones;
de mis fantásticos sueños!
¿por qué nací en tierra extraña
si eres tú mi pátrio suelo,
y me enseñaste del arte

los difíciles misterios?
París! centro del saber;
del adelanto moderno;
la ciudad de veinte puentes;
la de los veinte museos;
rica matrona del Sena;
corazon del universo;
sepultada de esas sombras
en el ancho manto negro;
recibe como homenaje
un suspiro de mi pecho
y una lágrima que ardiente
de mis ojos brotar siento!
París! mi patria adoptiva...
ay! cuánto te compadezco! (Pequeña pausa.)
¿Qué hará Luis? dónde estará?
¡herido tal vez ó muerto!
Y Marieta!... y Bertrand...
y Bautista!... su recuerdo
tortura mi corazon
y sofoca mi cerebro.
Pobre Luis! de aquellos años,
y no hay otros como aquellos,
es memoria cariñosa
que yo idolatro y venero.
¡Amigos como él y yo
son hermanos... haga el cielo
que terminada esta lucha,
en que va á morir un pueblo,
vuelva á tenerle en mis brazos...
que es mi esperanza, mi anhelo! (Aparece Klebel.)

ESCENA IV.

DICHO, KLEBEL, el GENERAL.

KLEBEL. Señor oficial!...
GEN. ¿Qué ocurre?

KLEBEL. Me dice en este momento
un centinela de arriba
que se aproxima á este puesto
el general...

GUST. Forma, pues!

KLEBEL. Eh! corneta del infierno!
Como han bebido champaña
de largo... la están durmiendo.
¿Veis, señor Gustavo, veis
los deplorables efectos
de dar champaña y cigarros
á la tropa con exceso?
¡Corneta de los demonios!
nada... (¡el general! mil truenos!
la modorrera del otro
me va á poner como nuevo.)

GEN. ¿Qué es esto? aquí no se avisa
mi llegada?...

GUST. Yo!... (Confundido.)

GEN. ¿Qué es esto?...
(Señor oficial... que den
diez palos á ese sargento...
pero con toda reserva...
esto es... con vara de fresno!...)

GUST. (Pobre Klebel!... no es culpable!)

KLEBEL. (Creo haber oido... ¡cielos!)

GEN. Mandad que forme la gente...

GUST. Á ver... formacion de puesto!

GEN. Y si no, dejadlo ahora...
(¿Os ha avisado el telégrafo
de monsieur Martin?)

GUST. (Sí... *Herr*
el combate será un hecho...)

GEN. Pues pasemos al *gourbi;*
tenemos que hablar...

GUST. Pasemos...

GEN. (¿No hay hombres de confianza

para... (Indica dar palos á Klebel.)

GUST. (Sí señor... los tengo!
(Se acerca al grupo de los tres soldados.)
(Diez palos á Klebel!) (Pasan al gourbí.)

KLEBEL. (Ay!
ya habló con los instrumentos!
Sí? por los diez que me deis
daré yo al corneta ciento!)
(Los tres soldados se acercan á Klebel.)

ESCENA V.

KLEBEL, MARTIN.

KLEBEL. ¡Á ver!... que busquen al corneta,.. que me traigan á ese corneta! Cuerpo de Dios!... Munter... (Al Soldado primero.) mi querido Munter... donde le encuentres le divides... eh? estamos? Digo, no... tú eres el primer tirador de la landwer... donde le encuentres le fusilas! ¡Míl franceses! ¿Es esto ser subjefe de un destacamento?... (Paseando con rapidez.) ¿Se pueden dar diez palos sin más ni más, pero con vara, al subjefe de un destacamento? (De los tres soldados queda solo Munter sonriendo.) ¡Diez!... cerca de una docena... ¡Ay! (Encogiéndose de hombros.) Ya me duele, y cuando me duele ahora, ¿qué no será despues? (Aparece Martin por el puentecillo desde el comienzo de esta escena.)

MARTIN. ¿Estais solo... señor sargento?... (Á Munter.) (¡Espérame detrás del *gourbí*... sean los dos mil francos... me conformo!) (Munter se va.) Os he preguntado si estais solo!

KLEBEL. (¡Calle! ya pareció el bú!) Solo... no... no tal... estaba en conversacion con diez amigos...

MARTIN. ¿Dónde está el oficial del puesto?

KLEBEL. ¿El oficial? No sé... aquí no hay oficial...

MARTIN. ¡Cómo!

KLEBEL. Es decir... sí... hay oficial... pero ahora que estoy yo solo y que no soy oficial... no le hay... (¡diez nada

ménos!)

MARTIN. Avisadle inmediatamente! (Se desabrocha el gaban prusiano dejando ver un uniforme de oficial francés.)

KLEBEL. (Hola! Ya cambió de plumaje el avechucho!)

MARTIN. Qué haceis?

KLEBEL. Voy... señor...

MARTIN. Comandante...

KLEBEL. (Sí... Comandante de pega!... Á éste le darán por el viaje de hoy algunos billetes de Banco... y á mí, por la borrachera de un bergante, me preparan diez compases de fresno...) Voy en seguida... señor... comandante!... (Pero... dónde estará ese corneta?... (Se dirige al gourbí y cuando va á entrar retrocede.) ¡Y yo que me olvidaba... no puede ser...

MARTIN. Voto á cien legiones! ¿os burlais de mí, señor sargento? Pues os puede costar la burla catorce palos...

KLEBEL. (Vamos... éste quiere que sean dos docenitas!) Digo que no puede ser, porque... no puede ser... ó mejor dicho, porque no es posible... ¿estamos?

MARTIN. Qué es eso de... *estamos*?

KLEBEL. Perdonad mi comandante! pero creo que aquí estamos... nosotros... No puedo pasar al interior del *gourbí* por la sencilla razon de que está el General...

MARTIN. ¡El General! En ese caso no necesito vuestra mediacion...

KLEBEL. Eh! ¿qué es eso? La consigna no me permite...

MARTIN. Mirad! (Enseñándole un papel.)

KLEBEL. (Lee.) ¡Firmado por Bismarck! «Libre circulacion por »las líneas alemanas...» Pasad... señor...

MARTIN. Comandante! (¡Convendrá darle veinte palos por osado!...) (Váse.)

KLEBEL. (Eh!...) Pero señor! ya son treinta; ¿por qué tendré yo este oido tan maravilloso, si no oigo más que hablar de palizas esta noche? (Aparecen sobre el puente Luis, vestido de oficial de la Guardia Nacional; Bautista, de soldado y con una bandera de parlamento, y un corneta, que dará un golpe de atencion cuando lo marca la acotacion.)

ESCENA VI.

KLEBEL, LUIS y BAUTISTA.

KLEBEL. Y se metió de rondon! Claro! ahí no entra la honradez, porque la disciplina no lo consiente; entra la traicion porque un salvo-conducto lo autoriza! ¡Y á esto se llama diplomacia! Pues á fé que si yo pillara en medio de la zambra á este comandante de Carnaval... le tengo tirria!... Pero ¡quiá! estos diplomáticos se baten desde su casa... tiran la piedra y esconden la mano... (Golpe de corneta.) Eh? mil rayos!... (Cogiendo un fusil.) ¿Se armó ya? (Mirando al puente.) ¡Ah! vamos... un parlamentario. ¡Bien, señor oficial... ¡El centinela del puente se ha emborrachado tambien... Ascenso de emperador... racion de tapa!... ¿Qué ocurre?

LUIS. No lo veis? Que venimos á parlamentar...

BAUT. Eso es!... venimos á parlamentar...

KLEBEL. Esperaos!... Tengo que avisar al jefe de esta avanzada...

LUIS. Avisadle, pues! (Bajando con Bautista.)

BAUT. Eso es... avisadle...

LUIS. Chist! Bautista!... Pero ¿qué haces, hombre?... ¿te has envuelto la cara en la bandera de parlamento? Estás pálido como la cera...

BAUT. La humedad... (de la sangre!)

KLEBEL. (Yo creí que eran los dos oficiales.) (Mirando á Bautista.) (¡Qué facha tan poco militar!)

BAUT. (Creo que me mira.) Eh! deciais?

KLEBEL. Que voy á dar aviso! (Voceando y de mal humor.)

BAUT. (Qué modo de rebuznar!)

KLEBEL. (Volviéndose.) Eh? qué habeis dicho de rebuznar?

BAUT. Que... pues... que estoy rebuznando... (¡Tiene buen oido, el maldito!)

KLEBEL. (Volviéndose otra vez.) Y tanto!... que oigo crecer la yerba...

BAUT. Lo creo... (En voz casi imperceptible, mímica.) (¡Señal de

que te gusta!... Esto no lo debe haber oido.) (Klebel pasa al gourbi. Bautista deja la bandera y examina la escena. Luis se apoya en la batería.)

LUIS. París!... qué silencio... qué fúnebres tinieblas te rodean! Pero... ¿qué es aquello?... Luces extrañas. Una roja... otra verde... ahora se extingue y cambia de color!... ¡Cíelos! ¿Qué puede significar el misterioso brillo de esas luces combinadas? Y están en las azoteas de una casa alta... muy alta... detrás del Arco de la Estrella... en el punto que parece ser el centro de la plaza... ¡Dios mio! Si eso fuera una señal!... Ah! Es preciso ponerlo en conocimiento del gobierno de la defensa... (Bautista al estar delante de la choza da un salto; asoma el cañon de un fusil y en seguida salen el General y Klebel.)

BAUT. Eh?... quién va?

KLEBEL. El General...

BAUT. (Me pareció el demonio!)

KLEBEL. (Al oido.) (Es que tienes mucho miedo!)

BAUT. (Llevándose la mano á la oreja.) (Pero este hombre lo oye todo... todo... (Tapándose la boca.) ¡Qué bruto debe ser este hombre!... me habrá oido?)

ESCENA VII.

DICHOS, GENERAL.

GEN. ¿Bandera de parlamento?

LUIS. Sí, señor General.

GEN. Y ¿con qué objeto?

LUIS. Dos son los que me traen á estas avanzadas... Consiste el primero en pediros permiso para recoger con destino á las ambulancias de la prensa, algunos heridos que ayer no pudieron trasportarse...

GEN. ¿De qué sitio vais á recogerlos?

LUIS. De las inmediaciones de la via férrea, al otro lado de bosque de Bouzenval. (*Busanval.*)

GEN. Y la otra peticion?

LUIS. Deseo saber, ántes de formularla, si nos vais á conceder esos minutos de armisticio...

GEN. ¿Pasareis con mucha gente?

LUIS. Con mi ordenanza...

BAUT. Que es un humildísimo servidor de...

LUIS. (¡Bautista!)

BAUT. (Ah! sí... que es un prusianote!...) Que soy yo... (Con gravedad.)

KLEBEL. (¿Un prusianote?...)

BAUT. (¡Este hombre es mi sombra!) (Se pasa al lado opuesto: poco despues se pone Klebel detrás de él.)

GEN. Y nadie mas?... (Á Luis.)

LUIS. Sí señor... Doce hermanos de la Doctrina Cristiana, camilleros, practicantes y algunas damas que prestan servicio en las ambulancias del Louvre. (*Luvre.*)

GEN. Concedido, señor oficial!... (Es arrogante y muy simpático!)

LUIS. El segundo objeto se reduce á pediros el pliego que semanalmente llega para el embajador norte-americano, única persona que recibe hoy cartas en París...

GEN. Ese pliego estará en poder del oficial del puesto... pedídselo á él... ¡Sargento!... que preparen mi caballo?

LUIS. Un momento, señor General...

GEN. Traeis un tercer encargo? Es inútil... no puedo atenderle!

LUIS. La severidad de la disciplina, no debe excluir la caballerosidad... Queria preguntaros por un jóven, oficial de la landwer alemana, segun mis noticias.

GEN. Si no es más que eso!... ¿Cómo se llama?

LUISI Gustavo Kœnel... es pintor!

GEN. Gustavo Kœnel... pintor! ¿Es amigo vuestro?

LUIS. Amigo del corazon!... Casi un hermano!...

KLEBEL. (Malo!)

GEN. ¡Hola!... (Haremos que desaparezca este peligro!) El señor Gustavo Kœnel no está aquí... pero está cerca de Sevres... podeis retiraros, señor oficial!

LUIS. Sin recoger el pliego para el embajador?

GEN. Sin recogerle... Se os enviará. Sargento, ¿y ese caballo?

KLEBEL. Está aquí... detrás del camino...

GEN. ¿Teneis ganas de que os administren veinte palos?

KEEBEL. Mas? (Repentino.)

GEN. Eh!...

KLEBEL. No... nada! mi General. (Ya baja, y eran cincuenta!)

GEN. Adios... (Es peligrosa la amistad de estos dos oficiales!) (Váse.)

LUIS. Á la órden... General... (Váse al foro.)

BAUT. Á la órden... (¡Ya os ajustaremos cuentas!)

KLEBEL. (Volviéndose.) (Ó no!)

BAUT. (¡Demonio! ese tísico oye por todas partes!) (Toma la bandera, y ambos suben al puente poco á poco. Klebel se va detrás del General.)

ESCENA VIII.

MARTIN, GUSTAVO, LUIS, BAUTISTA.

GUST. (Saliendo del gourbi.) No tengo que hacer observaciones á vuestro plan... sois demasiado perspicaz... (¡Miserable!)

MARTIN. Yo me felicito de serlo... y de que lo reconozcais así... (Este muchacho es altivo como un feudal de la Vieja Alemania!) Me alejo, pues, en direccion al bosque: voy á recrearme, viendo los estragos del encuentro de ayer...

GUST. Á recrearos... bien hecho... (Distracciones de buitre!) (Bautista ha detenido á Luis sobre el puente.)

BAUT. ¡Cuando yo os lo digo! Esa es su voz! la voz de monsieur Martin.

LUIS. No es posible! ves visiones...

BAUT. ¡Como que le veo con toda claridad! Quereis que haga la prueba? Eh... Monsieur Martin! aquí... en el puentecillo!...

MARTIN. Me llaman!... (Acercándose.) ¡Cielos! Huyamos por aquí... maldito encuentro! ah! Munter me espera!)

GUST. Adónde vais tan apresuradamente?

MARTIN. Al infierno!... (Váse.)

GUST. Bien puede ser!... y le han llamado desde el puente... ¡centinela! ¿qué ocurre?

BAUT. Oh! y esa voz!... tampoco la conoceis?

LUIS. Sí... ¡qué ventura!...es un sueño... Gustavo! (Con fuerza.)

GUST. Quién?... ah! Luis... Luis de mi corazon! (Luis baja y se abrazan con efusion.)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos MARTIN.

LUIS. La Providencia ha guiado
mis pasos á este lugar...
¡Si acabo de preguntar
por tí!...

BAUT. Nos han engañado!

GUST. Quién?

LUIS. Tu general...

BAUT. ¡Mal trueno!
no engaña el olfato mio!...
Ya dije yo que aquel tio
no puede hacer nada bueno.
Nos dijo, señor Gustavo,
que no os hallabais aquí...

GUST. ¡Igual nuestra suerte!

LUIS. Sí.
Eres como yo un esclavo
de ese sagrado deber
que se llama patriotismo!
¡y al cabo, si fuera el mismo
nuestro pabellon!...

GUST. ¡Qué hacer!
Tengamos paciencia, Luis...
ya vendrán dias mejores,
y de la paz los albores
alumbrarán á Paris.

LUIS. ¡Desventurada nacion!

tantos y tantos reveses!

GUST. Oh! bien pagan los franceses
su temeraria ambicion.

LUIS! No suya; de algunos locos
en estos manejos duchos;
no hagas culpables á muchos
del delito de unos pocos.
Francia ha seguido estas huellas
porque augurando victorias
la recordaron sus glorias
y se embriagó con ellas.
El ambicioso ha explotado,
con sus proyectos infieles,
nuestros antiguos laureles
y los ha pisoteado!
Laureles que con afan
los genios de ayer reunieran
para que luégo salieran
por los muros de Sedan!
El pueblo francés, Gustavo,
no puede ser responsable...
si bien harto impresionable,
no ha nacido para esclavo.
Penetra en esa ciudad
que del festin con la copa
daba ayer ante la Europa
pruebas de su liviandad.
En ese antiguo vergel,
donde tenian su asiento
la algazara y el contento,
la bacanal y el tropel...
Penetra allí y por quien soy
que al verla te admirarás,
y observándola verás
lo que va de ayer á hoy.
Donde ántes un parque habia
hay ahora un polvorin,

donde ántes hubo un jardin,
existe una batería.
Viendo esa córte de Francia
te asombrarás de seguro;
lo que era verja es hoy muro,
lo que era templo, ambulancia.
Se apresuran construcciones,
sin trastorno, sin alarmas,
¡muros, hospitales, armas,
terraplenes y bastiones!
Y de mil diversos modos
nadie olvida su tarea...
¡todos van con una idea,
con un pensamiento todos!
Todos de un objeto en pos,
que no se ha extinguido aún...
la Francia! madre comun!
la patria! segundo Dios!
Y el Eterno premiará
esa ardiente abnegacion
que es, despues del corazon,
lo primero que nos da.

GUST. Oh! Calla por Belcebú
que al expresar tu constancia
vas á hacer que ame á la Francia
sólo porque la amas tú!
Y Marieta?...

LUIS. Fué madre...

GUST. Tienes un hijo?

LUIS. ¡Hace un mes!
Ángel inocente que es
el tormento de su padre!

GUST. Cómo!

LHIS. ¡Pues no lo ha de ser...
si la patria me pedia!
¡Si le dejé al otro dia
de haberle visto nacer!

GUST. Y ella?

LUIS. Ayer abandonó
el lecho de mis amores
para aliviar los dolores
de la Francia, como yo.

GUST. ¿No se halla en la poblacion?

LUIS. No!

GUST. Y dónde?

LUIS. En las ambulancias!
lo exigen las circunstancias;
tiene tambien corazon!

GUST. Mas... vuestro hijo...

LUIS. Á su cuidado
quedó Paulina en París!...

GUST. ¿Y tú anciano padre, Luis?

LUIS. Há momentos le he dejado.
Tiene la misma mision
que su hija, porque no ha habido
razones que hayan podido
contra su resolucion.
—«Aunque me sobra la gana,
»dijo:—me tiemblan las manos...
»pero iré con los hermanos
»de la Doctrina Cristiana.
»No sirvo para matar,
»se han agotado mis bríos;
»pero lucharán los mios:
»yo... sirvo para curar.»
Y poniéndose la roja
cruz de Génova en el brazo,
se resistió á todo plazo,
y en la ambulancia se aloja!

GUST. ¡Qué abnegacion! Y no obstante
hay algun francés traidor...

LUIS. Hubo para el Redentor
un Judas!...

GUST. Hace un instante,

has podido hallar aquí
un miserable instrumento,
de la ambicion, que avariento
á su patria vende!...

LUIS. Sí?

BAUT. ¡Ay! Señor Gustavo... hablad...
¿Habia yo visto bien?
¡Cuando yo decia!

LUIS. ¿Á quién
te refieres?...

BAUT. (Á Gustavo.) Continuad.
La vista no me engañó;
es claro... ¡Si á buen oido
quien me gane he conocido;
pero á buena vista, no!...
Ese traidor... ese espía
no puede ser otro...

LUIS. Quién?...

BAUT. Martin!...

GUST. El mismo! es Martin!

BAUT. ¡Qué bribon, me lo temia!

LUIS. Martin!... y ese hombre ha pisado
de mi casa en el umbral!...

BAUT. Toma! ¿y habrá criminal
que en la iglesia no haya entrado?

LUIS. Infame!... Mas ya coordino
los hechos aislados... Sí...
hace poco rato ví...
esas luces: el camino
de su casa me lo indica...
¡Presentimiento cruel!
¡Dime, dime pronto ¿es él
quien de noche comunica,
con luz de varios colores,
las noticias de París?

GUST. Luis!

LUIS. Yo te suplico...

LUIS. Luis...
maldices á los traidores
y me exiges...

LUIS. Por favor!

GEST. Mi consigna es un secreto;
cumpliré si le respeto
y si no... seré un traidor.

LUIS. Basta! no se hará esperar
el castigo...

GUST. (¡Qué tormento!) (Aparece Klebel.)

BAUT. (¡Adios! ya está aquí el sargento;
quieto!... oir, ver y callar!)

ESCENA X.

DICHOS y KLEBEL.

KLEBEL. Señor oficial Kœnel... hay órden de que os trasladeis inmediatamente á las avanzadas del Norte, cerca del Avron.

GUST. Yo! ¿quién lo ha dispuesto así?

KLEBEL. El General.

LUIS. (¡Extraña resolucion!)

BAUT. (Chist!... Señor! no murmureis; no hableis entre dientes, porque para ese soldadote es lo mismo que si hablaseis con bocina!)

KLEBEL. (Soldadote!... eh?) (Á Bautista.)

GUST. No me lo explico, pero en fin... sea... Puede decirse al General que no emplearé en la traslacion más tiempo del necesario para arreglar mi equipo.

KLEBEL. Ha dispuesto que vayais por delante y que el equipaje se os envie mañana á la meseta del Avron.

GUST. (¡Qué es esto?)

KLEBEL. (El General ha conversado con el comandante de policía... Os lo advierto...)

GUST. (Y tú... has oido?)

KLEBEL. (Todo... estaban hablando á veinte pasos de mí!)

GUST. Luis, amigo mio! Nuestra separacion es urgente. No

conoces la disciplina del ejército aleman. ¡Un abrazo! el último abrazo!...

LUIS. El último, dices!

GUST. Sí: me separan de esta línea los traidores...

BAUT. ¿Á que anda ese Martin d'Epinal en este ajo?

LUIS. Cómo, ¿seria posible?

GUST. Martin te ha visto y ademas has cometido la irreparable ligereza de prevenir al General, diciéndole que somos amigos!

LUIS. Casi hermanos, le dije!

GUST. ¡Hermanos, Luis: hermanos inolvidables! (*Se abrazan.*)

LUIS. Ah! te conmueves como yo!... estás llorando... como yo!

BAUT. Y como yo!... (*Pequeña pausa.*)

KLEBEL. (Son buenos amigos!) Señor Kœnel... separaos: he oido el lejano ruido de unas espuelas y temo que venga el General...

GUST. ¡El General! Y ya ¿qué importa?

KLEBEL. Mucho, señor, reflexionad. Si os ve así, abrazando á un oficial enemigo... llorando al despediros de él... ¿Habeis olvidado nuestras ordenanzas?

GUST. Tienes razon! Luis! hermano de mi alma!... (*Se oye un cañonazo lejano.*)

BAUT. Ay!

LUIS. ¡Un cañonazo!

GUST. Y no es de nuestras baterías...

LUIS. No... es un disparo del fuerte Monte-Valeriano.

KLEBEL. (¡Gracias á Dios!) (*Á Bautista.*) Eh! soldadito! no movais tanto las piernas... mirad, mirad el soldadote. Mi oficial, ese cañonazo parece...

GUST. Qué?

KLEBEL. La señal del ataque de los franceses. Se lo he oido decir al General y tambien lo habia anunciado monsieur Martin d'Epinal, el comandante de policía...

GUST. ¿De qué hablais, señor Sargento? ¿Es esa la manera de guardar el secreto de la consigna? El olvido os puede costar veinte palos...

KLEBEL. (Ya pareció aquello! Hacia mucho tiempo que no salian á relucir palitos!) (Se oye el segundo cañonazo como el anterior.) Eh! á los tres rompen el ataque. Ya van dos... oís voces? El General se aproxima...

GUST. Luis... es necesario!

LUIS. Gustavo... Dios nos oiga! (Me desgarra el corazon!)

GUST. Adios... Bautista!...

BAUT. ¡Señor Gustavo! (Abraza á Klebel.)

KLEBEL. (Eh! qué, no veis!)

BAUT. (Tiene razon... no veo!)

LUIS. ¡Adios! (Desde el puente agitando un pañuelo.)

GUST. Adios!... (¡Quién sabe si para siempre!) (Se apoya en la batería con tristeza y van apareciendo soldados arreglando sus armas, etc., etc)

ESCENA XI.

MARTIN, GUSTAVO, KLEBEL, SOLDADOS 1.°, 2.°, 3.°

SOLD. 1.° Á buena hora quieren pasar á recoger heridos todos los cofrades de las crucecitas en el brazo!

SOLD. 2.° ¡Cuando se prepara otra hornada! Pues tambien vienen damiselas de las de vestido blanco!

SOLD. 3.° (En el puente.) ¡Mariposilas de Mabille convertidas en hermanas de la caridad! El diablo harto de carne!

KLEBEL. Ea! buena gente!... al avío!

GUST. (¡Qué amarga separacion!) (Ya no se le ve! Dios mio! él tendrá la suerte de entrar en accion; yo no! Me alejan, me separan de aquí para que no tenga ocasion de verle! (Los soldados andan por un lado y otro. Aparece Martin á la puerta del gourbí por fuera. El Soldado primero se situa junto á él.)

MARTIN. (¡Será mia! Munter es un excelente tírador!)

SOLD. 1.° (Pero ¿os atreveis á tomar parte en la broma?)

MARTIN. (Ya sabes con qué objeto! Si te doy el aviso!...)

SOLD. 1.° (Ah! descuidad!... caerá!)

GUST. (¡Pobre Luis... Pobre Marieta!)

MARTIN. (¡Cuánto tarda ese tercer disparo!)

KLEBEL. El General! en formacion! (*Aparece el General con acompañamiento. Los soldados forman á la izquierda quedando detrás Martin.*)

ESCENA XII.

DICHOS, GENERAL.

GEN. Soldados!... El enemigo trae propósitos de atropellar estas posiciones y recobrar el Bourget... Quiere pasar por aquí como una centella, como una avalancha, llevándolo todo á sangre y fuego. Energía, la energía de siempre!... y viva el emperador Guillermo!

TODOS. ¡Viva!

GEN. En cuanto á vos, señor Kœnel...

MARTIN. (¡Ese cañonazo!.,,)

GUST. Ya he sabido la órden y me dispongo á cumplirla. ¿Voy en calidad de arrestado, mi General?

GEN. No. He variado de opinion... y quedais, por ahora, á la defensa de esa trinchera...

MARTIN. (Oh! Si Munter se atreviera con los dos!)

SOLD. 3.° (*Bajando del puente.*) Mi sargento... decid al General que la turba de enfermeros, con sus camillas y carruajes, se empeña en pasar por el puente...

GEN. Eh! qué es eso?

KLEBEL. Que quieren pasar las ambulancias, con el permiso que habeis dado á un oficial parlamentario.

GEN. Pues si se empeñan, haced fuego!

GUST. Mi General! Eso es imposible!

GEN. ¿Os atreveis á replicarme?

GUST. Atropellariamos las leyes de la guerra; el mundo se escandalizaria y pasariamos por salvajes. ¡Ántes romperé mi espada en mil pedazos, que atacar á las ambulancias, cuyos privilegios son sagrados.

GEN. Caballero oficial, ¿sabeis lo que estais diciendo?

MARTIN. (Oh! le fusilará!)

GEN. Semejante acto de indisciplina no puede quedar impune sobre el campo de batalla... ¡Soldados, es necesario lle-

var á cabo un ejemplar castigo...

GUST. (Verdugos; soldados no. ¡Si á ello se atreven!...) (El General da órdenes y se separa un grupo de ocho soldados, frente á Gustavo, con las armas preparadas.) (En esa ambulancia vendrán acaso monsieur Bertrand, Marieta... monsieur Brunet!... Maldita sea la guerra!)

GEN. Dad la voz de fuego, sargento Klebel...

KLEBEL. Mi general... no... no he oido bien; ¿qué disponeis?

GEN. Que sea inmediatamente pasado por las armas el oficial Gustavo Kœnel... ¿habeis oido ya?

KLEBEL. Sí... es decir... no... (¡Díos mio! Dar yo la voz de fuego!... para él!)

MARTIN. (Este sargento es un cobarde!)

KLEBEL. (Pero no un miserable traidor!) (Volviéndose con rapidez.

GEN. Ea! dad la voz ó mando que os fusilen en lugar del reo...

KLEBEL. (El reo!)

GUST. (Honrado Klebel! cómo vacila!)

KLEBEL. Soldados... apunten!

GEN. Reparad que estais delante de las bocas de fuego... ¿os habeis vuelto loco?

KLEBEL. Loco!... (Creo que sí...) ¡Soldados!... (Retirándose á un lado y tapándose la cara.) Apunten!...

MARTIN. (Otra vez!... fuego!...)

GUST. (Adios, Luis... Marieta... adios, Alemania!) (Se oye el tercer cañonazo. Voces y disparos sueltos, lejanos.)

GEN. Ira de Diós! Mi caballo!... (Sale por detrás del gourbí.—En el puente un peloton de guardias nacionales franceses.—Los soldados que apuntaban á Gustavo giran hácia el puente.—Aparecen nuevas tropas de una y otra parte, ménos en la batería.—Martin se oculta instantáneamente dentro de la choza.)

GUST. Soldados!... Contra las ambulancias no se dispara.. contra los enemigos sí... ya me conoceis!... al ataque! (Toque de cornetas.—Comienza el ataque.—Las tropas alemanas cediendo terreno, las francesas avanzando y bajando por el puente.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, BAUTISTA.

Un grupo de soldades aparece en la trinchera. Luis á su frente.

LUIS. ¡Guardias nacionales! Viva la Francia!

MARTIN. (¡Munter! ese, ese es!)

KLEBEL. Munter! si disparas, te mato!

GUST. ¡Munter!

(Munter hace fuego: Luis cae sobre el cañon y al suelo despues.)

BAUT. Dios mio! (Abrazándole.)

KLEBEL. (Á Munter.) ¡Miserable! (Golpe de culata: Munter cae al suelo: Klebel se dirige á la choza, pero Martin debe haber desaparecido. Una corneta toca retirada: los soldados van pasando á la izquierda. Quedan en escena Bautista, Luis y Munter: éste cerca del puente; Luis en primer término, á la derecha. Los combatientes se alejan. Óyese otro cañonaza. Pausa.)

ESCENA XIV.

BAUTISTA, BERTRAND, MARIETA.

BAUT. Infames! asesinos! No respira!... la bala le ha destrozado el pecho!... (Fijándose en él cuerpo de Munter.) Villano! Tú has ejecutado la voluntad de ese buitre... ¡Dios te maldiga!... Oh! (Se apoya en el cuerpo de Luis. Aparecen en el puente algunos Hermanos y Hermanas de la Caridad, camillas y demas objetos de la ambulancia. Marieta, vestida de blanco, con la cruz de Génova al brazo, como todos los demas.)

BERT. Hermanos mios!... Aquí comienza nuestra mision bajemos!

MAR. ¡Luis! Luis mio! Tal vez te alejas revuelto en la furiosa corriente del combate! ¿Estais seguro, papá, de que no ha entrado en accion? (Bajando.)

BERT. Seguro... hija mia...

BAUT. (Señor... señor... inútil todo!) (Bertrand y acompañantes se detienen delante del cuerpo de Munter.)

BERT. ¡Infeliz soldado! Tiene el cráneo hecho pedazos... mirad... Recémosle una oracion que acompañe á su alma la mansion de los justos! (*Se arrodillan. Pausa. Rayo de luna sobre el grupo.*) ¡Es la primera víctima de esta jornada!

BAUT. ¡Dios mio! Si yo pudiera trasladar este cadáver yerto á casa de monsieur Bertrand... (*Volviendo la vista.*) Oh! las ambulancias! (*Los acompañantes avanzan una camilla con Bertrand y Marieta.*)

BAUT. Señor Bertrand!... Señorita!...

BERT. ¡Bautista!

MAR. Cielos! ¿Qué cuerpo es ese que ocultas?

BAUT. Por Dios! alejaos... no le veais!...

BERT. Luis, hijo mio!...

MAR. Ah! (*Se abraza al cuerpo de Luis y cae trastornada. La camill cerca del grupo. Se oye cantar léjos el Coro de las copletas alemanas. Con música.*)

BERT. ¡Maldita la guerra!

CORO. ¡Hurra! gloria sin fin...
Vivan, vivan los hijos del Rhin! (*Cuadro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

[1] Habitacion modestamente amueblada: balcones al foro que dan al patio interior de la casa; puertas laterales; á la derecha una en segundo término que da al exterior; velador con papeles y recado de escribir; cómoda en un testero de la sala.

ESCENA PRIMERA.

MARIETA, BERTRAND, PAULINA.

BERT. Hija, seca ya tu llanto;
así nos lo ordena Dios;
respetemos sus decretos
por ser suyos.

MAR. ¡Ay, señor!
muerto á mi vista el esposo
que adoró mi corazon;
huérfano en la edad más tierna
el hijo de nuestro amor,
¿qué he de hacer sino llorar?

BERT. ¿Y qué he de decirte yo

1 Convendria que los balcones del foro se sustituyesen por una galería corrida, con bastidores de cristalería.

para consolar tus penas,
si envuelto en desolacion,
soy el tronco carcomido
que mira, lleno de horror,
su última rama caer
á impulsos del aquilon?
En nieve tornado el fuego
que diera á mi sangre ardor,
ni aún puede vengar al hijo
que por su patria murió.
¿Qué valen ya mis laureles?
¿qué vale mi cruz de honor?
Premios ayer de mi brío,
testigos de mi baldon
se tornan, pues ven mi llanto
vivo, y muerto mi valor!

MAR. ¡Ay, esposo!

BERT. ¡Ay, hijo mio!

PAUL. (Secándose el llanto.)
¡Vamos! no he nacido yo
para estas cosas; ¡señora!

MAR. Paulina... (Llorando.)

PAUL. ¡Vamos, señor!...
(Queriendo consolar á entrambos.)
Si ya no cabe remedio,
tened más resignacion.
Vos un hijo habeis perdido;
vos un esposo; más no
desamparados os deja
la guerra; que entre los dos
y el niño, que abrió los ojos
al resonar del cañon,
consuelos debeis hallar
que mitiguen la afliccion.

MAR. ¡Mi hijo!—¿Dónde está?

PAUL. Tranquilo
reposa.

MAR. De su candor
pende mi vida, Paulina;
tráelo á mis brazos.

PAL. Mejor
es que os procureis descanso.
El niño en mi habitacion,
desde donde se oye ménos
de las luchas el rumor,
tranquilo duerme en su cuna.
Lo que habeis menester vos
es sosiego; retiraos
pues; hacedme este favor.
Habeis pasado la noche
en vela.

MAR. ¡Noche feroz!
Aquel campo matizado
de cadáveres; el son
de las lúgubres pisadas
del camillero; la voz
del herido, entre la nieve
implorando compasion;
mi esposo muerto, y en medio
de aquel cuadro aterrador,
un grupo de vencedores
y una profana cancion,
soltando al viento la gloria
del invicto emperador,
que lega al mundo una tumba
por cada paso que dió!
Ver esto, Paulina, y verlo
al siniestro resplandor
de la luna amarillenta,
que aquel desastre alumbró
para vergüenza del mundo
y asombro del Redentor,
cosa es que al alma tortura
comprimiendo el corazon

de tal modo, que le pesa
la vida que se le dió.

PAUL. Esos terribles recuerdos
dejad, señora, por Dios.
¿No veis que á monsieur Bertrand
va á asesinarle el dolor?

MAR. ¡Padre mio!

BERT. ¡Hija del alma!

(Se oye un cañonazo.)

PAUL. El fuego no cesa.

BERT. ¡Oh!
Allí el ruido del combate;
aquí del llanto el rumor.
¡Qué horrible es la guerra, vista
como la estoy viendo yo!
¡No poder vengar á un hijo!
¡Ser hoy débil, maldicion!
el que de los Altos Alpes
ayer la nieve cruzó!
Ruina, nada más que ruina
del tiempo pasado soy.
Ruina, sí, que acaso en pie
la Providencia dejó,
para humillar de los hombres
la soberbia y la ambicion.

MAR. Dejad, padre, esas ideas.

PAUL. Id á descansar, señor.

MAR. Venid...

PAUL. Sí; yo os lo suplico.

BERT. Vamos pues; teneis razon.
Quizá me torne las fuerzas
el sueño reparador.

(Váse con Marieta, por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA II.

PAULINA.

¡Pobres amos! Há tres meses
todo era alegría; hoy
todo es tristeza y espanto
y luto!... Pero, señor;
viene el cólera y... ¡la peste!—
gritan, huyendo en monton,
los que pueden escapar
del enemigo feroz.
Mas viene el aleman, que es
nuestro hermano, segun Dios,
y todos dicen ¡matadle!
y él grita ¡á mataros voy!
y sin conocerse, todos
se matan sin compasion.
Pues ¿por qué la peste teme
el que busca otra peor?
¿Qué más cólera que Prusia?
¿qué más peste que el cañon?

ESCENA III.

PAULINA, BAUTISTA.

BAUT. (Azorado.) ¡Paulina! (Cañonazo.)
PAUL. ¿Qué te pasa?
¿Te duele algo?
BAUT. No sé si es la cabeza
ó el espinazo.
Tienta. (Indicándole la espalda.)
PAUL. ¡Qué posma!
BAUT. Ve, si por ahí encuentras
alguna bomba.
PAUL. Para chanzas estamos;
señor Bautista.

BAUT. ¿Chanzas? ¡valientes chanzas
siguen mi pista!
PAUL. ¿Pues qué ha pasado?
BAUT. Nada; que llueve á mares
y estoy mojado.
Mas no temas; yo tengo
de honrado cara:
no me buscan las bombas;
son alemanas,
y allí, Paulina,
hasta las bombas saben
filosofía.
PAUL. Sí; mira el señorito.
BAUT. No me lo nombres;
porque cuando me acuerdo
de él, se me rompen
cabeza y pecho;
corazon y entretelas
y hasta los huesos.
PAUL. Así Dios lo ha querido.
BAUT. ¡Pícaras balas!
¡si pudiera cogerlas
y masticarlas!...
PAUL. Qué conseguias?...
BAUT. En el aire las bombas
me comeria.
PAUL. Vaya; quédate solo
con tus sandeces.
Voy á cuidar del niño.
BAUT. No le *cunées*,
que los hulanos,
se mueren por dar sustos
á los muchachos.

ESCENA VI.

BAUTISTA, MARIETA.

MAR. Me es imposible conciliar el sueño.
BAUT. La señorita.
MAR. Ah! ¿eres tú, Bautista?
BAUT. Sí, señora.
MAR. ¿Qué nuevos desastres afligen á París?
BAUT. Casi nada; las bombas llueven como si las nubes las arrojasen.
MAR. ¡Desdichada ciudad! ¡Cuántas madres quedarán sin hijos; cuántas mujeres sin esposos; cuántos hijos sin padres!
BAUT. Vaya, vaya, no penseis en eso, señorita; porque si vos llorais me hareis llorar á mí, y... total; yo lloro, tú lloras, aquel llora, vosotros llorais, ¡todos lloramos! y como llorando nosotros no ha de volver el muerto á la vida...
MAR. ¡Pero un esposo tan bueno!
BAUT. En cuanto á eso, no tenia igual; y puede serviros de consuelo haber visto el cementerio lleno de amigos y de otras gentes, que conociéndole sólo por sus virtudes, fueron á darle el último adios; á pesar de los peligros á que se exponian.
MAR. ¡Qué horribles instantes aquellos!
BAUT. Si al ménos fuese la única víctima... Pero y el señor Gustavo? Tambien entró en accion: qué habrá sido de él? ¡pobre jóven! sin poder abrazar por última vez á su mejor amigo.
MAR. Tampoco ví en el cementerio á monsieur Martin.
BAUT. ¡Monsieur Martin! No nombreis á ese judío.
MAR. ¿Cómo?
BAUT. ¿Pues qué no sabeis? Él es el asesino del señorito.
MAR. ¡Bautista! mira lo que dices.
BAUT. ¿Qué he de mirar? ¿No me basta haberle visto con el traje de los prusianos? ¿haberle oido dar las órdenes para que disparasen sobre vuestro esposo?

MAR. ¡Dios mio!

BAUT. Mirad, señorita; os confesaré por fin que no soy valiente; pero si me viese cara á cara con ese hombre, yo no sé lo que haria! Es un traidor, ¡un traidor á la Francia!

MAR. Pero ¿es posible? ¿Cabe tanta hipocresía en el corazon de un hombre?

BAUT. Ya nos vengaremos; no os aflijais. Ese cocodrilo no puede tener buen fin. Las víboras casi siempre mueren aplastadas, y os aseguro que, como yo pueda ponerle bien el pie encima, he de hacer de su cabeza la tortilla más perfecta que pudiera confeccionarse en los bodegones de La Cité. ¡Afortunadamente, mis zapatos vienen á propósito para estos casos. Mirad; media libra de tachuelas por cada pie. (Mostrando las suelas del calzado.)

MAR. ¡Pobre Bautista! Si tú estás seguro de que es un traidor...

BAUT. ¿No os he dicho que le he visto con mis propios ojos?

MAR. Los ojos suelen engañarnos á veces y... en un campamento... en la oscuridad de la noche... (Dios mio! si no lo quiero creer!)

BAUT. Por vida de... 'os digo que le he visto de cerca... He tenido su capote rozando con mis narices.

MAR. En ese caso será difícil que le alcance la justicia humana. Los traidores se burlan de las leyes del honor.

BAUT. No, pues... cómo yo le vea... del primer... (Vuelve la mano como para pegar un trompis, y queda aterrado al ver á Mr. Martin, que aparece en la puerta de salida, apuntándole con una pistola y haciéndole señas de que se marche.) ¡Ah! (Se oculta tras de Marieta.)

MAR. ¿Qué es eso? (Al ver á Martin.) ¡Gran Dios!

BAUT. ¡Caballero! (Queriendo sobreponerse.)

MARTIN. ¡Chist! (Sigue apuntándole. Bautista se va de espaldas por la puerta que deja libre Mr. Martin.) Idos de aquí, y pensad que es inútil que intenteis nada en contra mia. Á la puerta hay gentes que no os dejarán seguramente traspasar el dintel.

ESCENA V.

MARIETA, MONSIEUR MARTIN.

Marieta asombrada. Mr. Martin con desenfado.

MARTIN. Dispensad mi atrevimiento,
pero es forzoso que hable.
MAR. ¡Infame!...
MARTIN. Sólo un momento
oidme.
MAR. ¿Qué pensamiento
abrigará el miserable?
MARTIN. Os han dicho, que traidor
obro en mengua del honor
de este buen pueblo de Francia,
que lucha con tal constancia.
Es cierto.
MAR. ¡Me dais horror!
MARTIN. Me confieso criminal,
sin rubor en el semblante.
MAR. ¡Nunca ví cinismo igual!
MARTIN. Ántes de juzgarme mal,
escuchadme un sólo instante.
Entre el sagrado deber
que la patria nos impone
y el amor de una mujer,
me fué preciso escoger:
escogí.—¡Dios me perdone!
Veros y al punto adoraros
el destino me ordenó;
mas mi amor al relataros,
vuestro desden contestó
y no volví á importunaros.
Pero el amor, decidido
á emanciparse del labio,
en el pecho comprimido

fué destilando el agravio
del rival aborrecido.
Sin ver mi pena os casásteis;
enamorada... lo sé;
mas al casaros, forjásteis
el ódio y lo colocásteis
en el altar de mi fé.
Desde entónces el dolor
me llevó á tal extravío,
que con impulso de horror
os adora el odio mio
y os aborrece mi amor.
La patria, para alcanzaros,
me fué preciso vender;
ved si querré esclavizaros
cuando mi honor vengo á daros
por haceros padecer.

MAR. Para infamia tan cumplida;
para intentos tan villanos
el mundo no inventó herida;
por eso aquí, con mis manos,
no os quiero arrancar la vida.
No hablemos de esa pasion;
que si el corazon la oyera
fuera tal su indignacion,
que hasta de mi pecho huyera
espantado el corazon!
Pues aunque yo os adorara,
al ver tanta liviandad
os escupiera á la cara
y con el alma os odiara
en vida y eternidad.
Buscad un reino ignorado
para esas bravas empresas
que acometeis denodado.
El amor patrio es sagrado
en las mujeres francesas

Á la union entre los dos
prefiero el castigo eterno:
y si entre el infierno y vos
—¡elige!—dijese Dios,
con gozo fuera al infierno.
Matadme pues. Nuestros sinos
van por distintos caminos.
¿Qué haceis?—¡Quiméricos sueños!
Los corazones pequeños
ni aun saben ser asesinos!

MARTIN. (Con ironía.)
¡Me admira vuestro valor!

MAR. ¡Cómo no si sois cobarde!

MARTIN. Para morir nunca es tarde.
Vuestra vida es mi rencor
y conviene que la guarde.

MAR. ¡Qué aún el infame se atreva
á pensar que he de ceder!

MARTIN. ¡Olvidais que sois mujer
y en las mujeres se ceba
más tirano el padecer!

MAR. Invente el dolor extremos;
secundad su poderío;
no cederá el pecho mio:
¡os lo juro!

MARTIN. ¡Lo veremos!

MAR. (¡Me asusta su ceño impío!)

MARTIN. Que el cielo os proteja.

MAR. ¿Os vais?

MARTIN. Ya os pesa que me retire?

MAR. No; mas fuerza es que me inspire
recelos...

MARTIN. (¡Bien!)

MAR. Qué intentais?

MARTIN. ¿No es natural que conspire
contra esa resolucion
que habeis aquí demostrado?

Vos sois mujer de teson;
pero yo soy un malvado
y no os concedo perdon. (Hace que se va.)

MAR. Esperad; si es contra mí
vuestro singular intento,
realizad el pensamiento;
pero dad si no es así
algo á vuestro sentimiento.
Yo por mí no temo nada,
pues que os desprecio sabeis.
Os lo ruego arrodillada,
hundid en mí si quereis
de vuestro rencor la espada.

MARTIN. Así os queria, á mis plantas
bañada en amargo llanto.
¡Cuánto gozo... cuánto! ¡cuánto!

MAR. ¡Impío! en vano me espantas.

MARTIN. Tú cederás.

(Monsieur Bertrand aparece en la puerta primera de la derecha y se queda asombrado.)

ESCENA VI.

MR. BERTRAND, MARTIN, MARIETA.

MAR. ¡Padre!

BÉRT. ¿Qué es esto, hija mia?

MAR. Que el dolor en mí se ceba.

BERT. ¿Otro golpe? Lo temia.
Cuando Dios nos pone á prueba,
¿qué es para el dolor un dia?

MARTIN. El cielo os guarde, señora.

MAR. Id y Él os quiera inspirar.

BERT. (Él sonrie, y mi hija llora!...)
¡Caballero!

(Martin saluda y se retira. Mr. Bertrand quiere ir á él; su hija le detiene.)

MAR. Padre, ahora
no hay más medio que callar.

ESCENA VII.

MARIETA, BERTRAND.

BERT. ¡Callar! ¿Y por qué? ¿Cuál es la causa de tu temor? ¿Por qué monsieur Martin, de quien nada debo temer, me recibe con tanta frialdad y se retira más que como amigo, como contrario? Acaba. ¿Qué nuevas desdichas te amenazan? ¿Debemos temer alguna horrible traicion?

MARTIN. Si, padre; no sólo nos amenaza sino que se cierne ya sobre nuestras cabezas; sobre la cabeza de mi inocente hijo. Ese hombre es un miserable; es una hiena. Sin respetar la sagrada memoria de mi esposo, se ha atrevido á hacerme la más infamante proposicion. Pero... ¿qué digo? ¿Cómo ha de respetar la memoria de Luis, quien siempre le tuvo por enemigo?

BERT. ¡Marieta! hija mia: te has vuelto loca? Monsieur Martin; mi arrendatario; mi amigo!

MAR. El asesino de vuestro hijo!

BERT. El... ¡Pobre Marieta! el dolor te trastorna. No trates de echar sobre monsieur Martin la culpa de lo que no es un delito. Luis murió en buena lid; batiéndose como un bravo, tomando él solo una trinchera en el reducto del puente de Sevres; todos sus soldados lo dicen así, citándole como á ejemplo de bizarría. Á eso se expuso; cumplia su deber.

MAR. ¿Y sois vos quien tal dice á la mujer herida en el corazon? ¿á la viuda sin consuelo? ¡Cumplia su deber! Tambien sois vos de los que, atropellando las leyes naturales del sentimiento y profanando las del amor, creeis que la patria vale más que el cariño de una esposa, más que la paz de la familia, más que el beso de un hijo! ¿Cómo han de ser buenos patriotas los que empiezan por no ser padres?

BERT. ¡Marieta! Marieta! mira que al ultrajarme, ultrajas á tu esposo.

MAR. ¡Ah! padre mio, perdon! No sé lo que digo. Maldita

guerra, orígen de pesares y traiciones! Resignada de la pérdida de mi esposo, vuestros brazos hubieran s ido mi consuelo; las caricias de mi hijo eran mi mejor esperanza. Pero la suerte no está satisfecha con mis desgracia s y quiere sin duda, arrebatarme las únicas prendas que á mi corazon le quedan.

BERT. ¿Qué dices?

AR. Lo que ántes quise que supieseis. Monsieur Martin es e asesino de mi esposo; monsieur Martin mandó que disparasen sobre Luis. Estaba allí, en medio del combate: Judas de la Francia, vendido á los prusianos como un miserable espía.

BERT. ¡Calla! me horrorizas. ¿Estás segura de lo que dices? ¿Será cierta tanta maldad?

MAR. Él mismo me lo ha confesado todo. ¡Os lo juro por la memoria de mi esposo; por la salvacion de vuestro hijo!

BERT. ¡Oh desdichada humanidad! ¿De qué sirven tus esfuerzos? ¿Qué valen el valor, la inteligencia, el poderío? ¿qué la gloria de todo un pueblo? ¿qué su historia salpicada con la sangre de tantos mártires? El grano de arena es aplastado por la montaña; el junco deshecho por el viento; la gota de agua ignorada en los mares: hé aquí la ley natural de las cosas y sin embargo, entre nosotros, reyes de la creacion, seres privilegiados, sólo un traidor basta para hacer que el Redentor muera en un infame calvario, y que las naciones más poderosas giman á los piés de los que fueron ántes sus esclavos. ¡Oh! venga la muerte. ¡Dios mio! por compasion la imploro, venga la muerte!... No quiero vivir más en este mundo de mártires y verdugos!

MAR. Pero... vos me defendereis, padre mio, ¿no es verdad? Vos hareis que ese hombre no logre sus infames proyectos. Quiere unirme á él... me amaba; me lo habia dicho; yo le rechacé; nada os dije porque le creia vuestro amigo y me dió palabra de respetar mi estado y los derechos de mi esposo. Oh! la hipocresía es la peor de las vilezas!

BERT. ¿Y qué haré yo, pobre anciano, á quien sólo restan fuerzas para esperar la muerte? ¿Cómo ha de respetar mis canas el que no ha respetado las desdichas de su patria?

MAR. Dios mio!... qué desgraciada soy! (Aparece Bautista.)

ESCENA VIII.

DICHOS y BAUTISTA.

BAUT. ¡Señor... señor!...

BERT. ¿Qué es eso; qué traes, buen Bautista?

BAUT. Vengo horrorizado!

BERT. ¿Qué es ello?

BAUT. Pobres amos mios! guardaos de ese hombre; guardaos de monsieur Martin, porque son muchos los que secundan sus planes.

MAR. Qué dices?

BAUT. Esperad!... Viendo que me era imposible salir por la puerta de la escalera, porque dos espías de ese hombre me cortaban el paso... ¿qué hice?... me descolgué por el balcon del cuarto de Paulina que, como sabeis, está enfrente de esos otros. (Los del fondo.)

MAR. Y el niño?

BERT. No temais: allí está seguro... pero vamos al caso: logré llegar al patio, gracias á la circunstancia de haber servido en el cuerpo de bomberos; pero una vez allí, me encontré con otros dos espías apostados; me detuvieron; quise escabullirme; pero por poco me cuesta el pellejo este rasgo de valor...

BERT. ¡Pobre Bautista!

BAUT. Y vengo á avisaros del peligro.

MAR. ¿Qué hacer?... (Aparece Paulina.)

ESCENA IX.

DICHOS y PAULINA.

PAUL. Señor!

BAUT. ¿Quién es? (Asustado.) ¡Caramba! en qué diablos consistirá eso de ser valiente?)

BERT. ¿Qué quieres?

PAUL. Ahí fuera está un anciano que quiere veros...

BERT. Un ancíano?... que pase.

MAR. ¿Quién será? (Váse Paulina.)

BERT. No temas. (Brunet en la puerta derecha.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos PAULINA, BRUNET.

BRUNET. ¡Dios sea en esta casa!

MAR. Monsieur Brunet!

BERT. Brunet! amigo mio!

BRUNET. Bertrand!... Señorita!

BAUT. ¡El veterano!

BERT. ¡Aprieta, aprieta, camarada!

BAUT. (Abrazándole por el otro lado.) Eso es... apretad, camarada!

MAR. Pero, Bautista!...

BERT. Dispénsale, Brunet... es un buen chico.

BRUNET. Pero será un buen patriota.

BAUT. Sí... ¡voto al Emperador!

BRUNET. Ah! Bravo! venga esa mano!

BAUT. ¿Lo veis, señor Bertrand? Los valientes siempre nos conocemos.

BERT. Quién lo duda! Con que... dí, Brunet... ¿qué te trae por esta casa?

BRUNET. Vengo á pedirte un favor: ya que no tuve la dicha de morir en nuestros buenos tiempos, quiero ver si las balas prusianas tienen compasion de mí y me parten por mitad!... Me han dicho que eres jefe de una seccion, y vengo á pedirte la cruz de Génova.

BERT. ¡La cruz de Génova... los que llevaron la de la Legion!...

BRUNET. No me la he puesto... porque no la respeten las balas.

BERT. Tienes razon! la mia ha sido respetada por el bronce. En cambio, mi pobre hijo ha sucumbido...

BERT. Lo supe ayer.

MAR. Esposo mio!...

BAUT. Me voy por no llorar. (*Váse.*)

BRUNET. Eh! qué diablo! más le vale haber muerto: mejor es eso que ver entrar en París á los alemanes.

BERT. Y eso... podrá ser!

BRUNET. No hay remedio, Bertrand: esa idea me hiere como á tí; pero la Francia va á recibir el castigo de su degradacion. En fin, no miremos sus culpas y muramos con ella. Los hijos sin madre no pueden ser felices.

BERT. ¡Valiente Brunet!

BRUNET. Conque ¿me das esa cruz y el nombramiento?

BERT. Al instante! (*Toma la pluma y firma un pliego, de varios que habrá sobre la mesa. Marieta saca de un mueble la cruz y se la entrega á Brunet. Aparece al fondo Bautista seguido de Vecinos.*)

ESCENA XI.

DICHOS, BAUTISTA, VECINOS, VECINAS.

BAUT. Pasad, pasad; el señor Bertrand es un buen patriota y compartirá con vosotros cuanto tenga... Adelante, señora Catalina.

BERT. ¿Qué es eso?

MAR. Quién es?

VECINO. ¿Quién ha de ser, señorita?

MAR. Padre mio, nuestros vecinos.

VEC. 1.ª Sí... nosotros que, careciendo de víveres y acosados por el hambre, venimos á suplicaros nos deis algun socorro.

BERT. Y... ¿habeis llegado á ese extremo?

BAUT. Toma, toma! pues todo París está lo mismo. Este (*Por un Vecino.*) me estaba diciendo ahora, que ayer salió, como de costumbre, á recorrer las cuevas con una linterna y un palo, y entre veinte que iban sólo pudieron sacrificar un raton. Ya veis, un raton para veinte familias no es mucho que digamos.

BERT. ¡Dios mio!

BAUT. Hay cazador que se ha comido su perro!

BERT. Amigos mios: no son muchos los víveres que me restan; pero á mi lado no habrá necesidades mientras yo pueda remediarlas.

MAR. Y este niño... (Á la Vecina 1.ª) Este pobre niño, Catalina?

VEC. 1.ª Ayer quedó huérfano, señorita. Oh! maldita sea la guerra!

MAR. Huérfano! como el mio. La desgracia ha entrado en nuestra casa, Catalina!...

VECINA. Tambien vos habeis perdido á vuestro esposo... señorita Marieta, lo sé.

BRUNET. Pobres gentes! pobre París!

BERT. Bautista, acompaña á estos Vecinos y reparte entre ellos lo que haya en la casa.

VECINO. Gracias, señor!

BERT. Es un deber.

MAR. Yo tambien iré con ellos. Y vos, Catalina, subid cuando querais á vuestro hijo con el mio... La suerte los ha hecho á un tiempo desgraciados; que duerman en la misma cuna. (Esta pobre criatura está helada!)

VEC. 1.ª ¡Qué buena sois! (Se van todos ménos Bertrand y Brunet.)

ESCENA XII.

BERTRAND, BRUNET.

BERT. ¿Lloras, Brunet?

BRUNET. Me ha conmovido ese cuadro ¡voto á cien bombas! ¡Ea! un abrazo y adios!

BERT. ¿Nos volveremos á ver?

BRUNET. El corazon me dice que en la tierra no hemos de encontrarnos ya; pero ¿qué importa, si dicen que hay un valle de Josafat?

BERT. Allí nos abrazaremos todos junto al Emperador; ya sabremos buscarle... Pero ¿qué algazara es esa?

ESCENA XIII.

BERTRAND, BAUTISTA.

BAUT. Señor... señor... oís?

BERT. Sí... qué significa?

PAUT. El último esfuerzo... París va á hacer el último esfuerzo! Qué hermoso espectáculo! niños, mujeres, ancianos... todo el mundo acude á las baterías; delante llevan una bandera... la bandera de la República... ¡nuestra obra!

BERT. ¡Imbécil!... pero... ¿qué importa? la mejor república es la patria, mande quien mande.

BAUT. Eso! eso!... pero... señor... os rejuveneceis. ¡Qué cambio!

BERT. Dí á esos valientes que suban!

BAUT. Vais á?... (Como resistiéndose.)

BERT. Lo mando. (Bautista sale corriendo.) Sí; voto al Imperio! basta de llorar como viejos! Muramos como soldados. (Aparece Marieta, despues pueblo y Guardias Nacionales; á su frente un oficial con bandera.)

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIETA, PUEBLO.

MAR. Padre!... sube gente... ¿qué sucede? (Gran ruido de pisadas fuera.)

BERT. Esos son franceses! franceses con honor! (Al ver al pueblo.) Viva la Francia!

TODOS. ¡Viva! (Bertrand toma su espada.)

BERT. Caballero oficial; quereis cederme esa bandera?

OFICIAL. Sois veterano y os pertenece; tomadla. ¡Vivan los veteranos del Imperio!

TODOS. Vivan!

MAR. Padre mio; qué haceis!

BERT. Morir con gloria!

MAR. Pues bien: yo tambien iré con vos. Me habeis contado

que tras de los Pirineos hay una hidalga nacion que se llama España, donde más de una vez, las mujeres varoniles, cubriendo con sus cuerpos los cadáveres de sus esposos, hicieron retroceder las águilas del Imperio!... Yo quiero imitarlas. Compañeras! vamos á vengar á nuestros maridos, vamos á morir! (El cañon no ha dejado de oirse por intervalos. En este momento suena un cañonazo y un gran ruido en el interior de la casa. La cristalería del fondo cae hecho pedazos dejando ver el segundo foro con balcon. La luz del incendio ilumina la escena.)

PUEBLO. Oh!... (Retrocediendo.)

MAR. Ah! mi hijo, Paulina... mi hijo!...

BERT. Cielos!... (Aparece Paulina espantada.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PAULINA.

PAUL. Señora, señora!... habia salido un momento...

BERT.
MAR. } ¡Acaba!

PAUL. La bomba ha incendiado parte de la casa... no se puede entrar en mi cuarto!...

BERT. Maldicion! ¡pobre niño! Corramos.

TODOS. Ah! (Parte del lienzo que da frente al primer foro por la parte exterior, se desploma. Á la luz del incendio se ve á Mr. Martin entre los escombros, avanzar hácia una cuna que ha quedado á la vista del público en el interior de la habitacion arruinada.)

MAR. Monsieur Martin! qué horror! (Marieta se desmaya.)

BERT. ¡Socorredla! (Algunas mujeres, Paulina y Bautista se acercan á Marieta formando grupo aparte. Bertrand con la bandera en medio de la escena rodeado del pueblo. Todo el cuadro alumbrado por el incendio.) Nosotros á morir!

TODOS. ¡Á morir!

¡Odio eterno á los tiranos!
Vivir con mengua es morir;
morir con gloria es vivir;

¡muramos, pues, ciudadanos!
Al grito de esos hulanos
que de espanto el orbe llena,
no responda nuestra pena
con lágrimas, sino hiriendo:
¡mirad que nos está viendo
el mártir de Santa Elena!
Veo desde la alta cumbre
que el espacio tornasola,
esa nacion española
que baña del sol la lumbre.
Llorar allí no es cóstumbre,
que no mata quien solloza...
mi pecho al mirarla goza...
de la independencia templo,
seamos segundo ejemplo
de Gerona y Zaragoza!

TODOS. Viva la Francia! Viva!

(Se oye fuera una música y voces. Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

Plaza de la Estrella en Paris. El arco monumental que le da nombre, y foro. Casas de elegante aspecto todas; á la derecha uua gran puerta al balcon principal. Todos los balcones deben tener colgaduras negras y banderas del mismo color. Durante todo el acto hay grupos, abundundo los uniformes de la guardia nacional, zuavos, marinos, señoras, pilluelos, etc.

ESCENA PRIMERA.

PILLUELOS 1.° y 2.°

PILL 1.° — No se ve un alma en las calles...
¡Dia de luto, German...
Supongo que en tu taller
hoy no se trabajará.

PILL. 2.° — No: desde hace mes y medio,
muchacho... no hay novedad!
y gracias á que el maestro
es hombre á carta cabal
y me guarda la merienda
diaria...

PILL. 1.° (Asombrado.) — Tú comes pan?

PILL. 2.° — Pan! que si quieres! ayer
como una solemnidad

me dieron... ¿qué te figuras
que me dieron?

PILL. 1.° Tú dirás:
¿embutido de caballo?

PILL. 2.° ¡Quién lo pudiera pillar!

PILL. 1.° ¿Costillas de gato?

PILL. 2.° Ménos...
¡Si eso es lo más caro que hay!

PILL. 1.° Pues... francamente, no sé
ni es posible adivinar...

PILL. 2.° Pues me dieron un guisado
de ratones...

PILL. 1.° ¡Agua va!
tú comes á lo aristócrata...
y ¿no te hizo reventar?

PILL. 2.° Me comí nueve cabezas:

PILL. 1.° Sí... tienes necesidad
de una cabeza...

PILL. 2.° ¡Pero hombre,
qué quietud tan sepulcral!...

PILL. 1.° Y quién quieres tú que venga
aquí, para ver entrar
á esos malditos prusianos?

PILL. 2.° ¿Han dado ya la señal?

PILL. 1.° No: los cañones del fuerte
de Montrouge [1] avisarán;
pero mira... allí está Edmundo...

PILL. 2.° Bebé?... ¡es guardia nacional!

PILL. 1.° Y sobrino del espía
Martin...

PILL. 2.° Qué dices, German?
Su tio!... aquel negociante
que vivia en el boulevard... [2]

---

1 Monrús.

2 Bulvar.

de los Italianos... es?

PILL. 1.° Un prusiano... un criminal,
que con luces y artimañas
se entendia con Bismarck.
Se dice que él ha pagado
la muerte de Luis Bertrand,
aquel pintor tan amable
que nombraron oficial
de mi batallon...

PILL. 2.° Ah! sí..
vivia en mi vecindad...
¿y no se dice por qué
le mató?

PILL. 1.° Se sabe ya
que andaba haciendo la rueda
á su mujer...

PILL. 2.° Pero ¿no hay
medio de encontrar á ese hombre?

PILL. 1.° ¡Qué quieres! Tiene metal,
y el que lo tiene en el mundo
donde le conviene, va.
Si un rico quiere lucirse
y darse tono y brillar,
se le ve por todas partes
en cafés, en restaurant,
en teatros y en paseos,
pero en la iglesia, jamás.
Si quiere vivir oculto
quien le oculte encontrará,
que el dinero siempre ha sido
pasaporte universal.

PILL. 2.° Pues ¡si el pueblo da con él!...

PILL. 1° Ay, chico, entónces... la mar!...
le van á hacer más pedazos...
quien tal hizo... pague tal

(Aparecen Grisetas primera, segunda y tercera.)

Hola! Grisetas tenemos?

Cómo habian de dejar
estas de ver la funcion!...
Valiente plaga...

PILL. 2.° Ya, ya!

PILL. 1.° Modistilla la que ménos,
y soltera la que más

ESCENA II.

DICHOS, GRISETAS, CABALLEROS 1.° 2.°, etc.

GRIS. 1.ª Pero es esto un cementerio?

GRIS. 2.ª ¡Salud y fraternidad!

PILL. 2.° Hoy no se cose, Roseta?

GRIS. 2.° No es dia de trabajar:
hemos venido á la plaza
de la Estrella, con afan
de buscar algun prusiano...
y si se deja arrastrar
le colgamos en el patio...

PILL. 1.° No... pues no se dejará.
Su entrada de hoy en París
es puro ceremonial,
estarán medio minuto...

CAB. 1.° Thiers decía la verdad... (En otro grupo.)
yo en el puesto de Trochú...
no hago el armisticio... ¡cá!
morir y morir luchando...
era el problema vital.

CAB. 2.° Y del espía Martin
qué se sabe?

CAB. 3.° Estamos ya
sobre la pista.

CAB. 2.° Me alegro...
todas las debe pagar.

GRIS. 2.ª Parece que esto va largo...
¿Convidas? (Al pilluelo.)

PILL. 2.° No hay novedad?...

PILL. 1.° ¡Si que seria muy nuevo
verte un franco á tí!...

GRIS. 1.ª (Á otra.) El can-cán
está de cuerpo presente...

PILL. 3.° Pronto resucitará.

GRIS. 2.ª Yo llevo luto por él,
y si os llegara á contar
la calaverada que hice
el Martes de Carnaval
del año pasado... un lance
que ha dado en la actualidad
consecuencias...

PILL. 2.° ¿Consecuencias?

GRIS. 2.ª De muy buen género ¿estais?

TODOS. Que lo cuente! que lo cuente!

PILL. 2.° Habla, Roseta!

GRIS. 2.ª Allá va...

(Movimiento de curiosídad.)

Pues señor.. era en Mabille...

PILL. 2.° Se suponia el lugar...

GRIS. 2.ª No me interrumpas!...

TODOS. ¡Silencio

GRIS. 2.ª La orquesta tocaba un wals...
y un hombre llegó á mi asiento
y me pidió...

TODOS. Qué?...

GRIS. 2.ª Bailar.
Era de unos cuarenta años
mi trasnochado galan,
y á juzgar por un anillo
—que es mi modo de juzgar.—
debia tener trastienda,
ó mejor dicho, metal.
Le miré... me convenia,
y salimos á danzar...
—«Me gustas mucho—me dijo...
—»De veras... usté á mí más...

—Vives en París, hermosa?
—En París.—Me alegro.—Qué hay?
—Solita?—Hasta cierto punto.
—Te quisiera visitar...
—Pues pida el salvo-conducto...
—Bueno... á quién?—Á mi mamá.
—Tienes mamá?—Qué pregunta!
—Y no te quieres casar?
—Lo que quiero, por de pronto,
—dije:—es ir al restaurant.
El hombre se entusiasmó,
hubo Burdeos... Champagne,
y él quiso tomar un postre
que yo... no quise tomar.
Quedó en escribir: pasaron
un mes, dos, tres, pero quiá!
hasta que ayer recibí
una carta muy formal...
en que jura que me quiere
y asegura que hoy se va...
á recorrer las Américas
hasta la otra Navidad...

PILL. 2.° Qué Mambrú! Cómo se llama?
GRIS. 2.ª Pues es Martin d'Epinal...
LODOS. Martin!
PILL. 2.° Martin el espía,
el esbirro de Bismarck.
GRIS. 2.ª El espía... pues oidme,
aquí está el original. (Saca un papel.)
CAB. 1.° Maldito armisticio...
CAB. 2.° Ea!...
vos hubierais hecho igual...
¡no habia en todo París
medio cuarteron de pan.
CAB. 3.° Ayer compré yo una liebre
y me costó un dineral...
cerca de cuarenta francos...

diez cada pata...

CABS. Já! já!

(Gustavo, que debe haber estado oyendo el cuento de la Griseta, se acerca á ella.)

GUST. Oid, señorita...

GRIS. Qué?

GUST. Quereis venir á almorzar!...
esa historia de Mabille
es cuento?...

GRIS. Pura verdad...

GUST. Conservais la carta?

GRIS. Sí...

GUST. Venid...

GRIS. Bien...

GRIS. y PILLS. (¿Adónde irán?)

(Aparece Martin por la derecha vestido de oficial de la guardia nacional, con capote.)

ESCENA III.

MARTIN, PILLUELO 3.°

MARTIN. Nadie me conoce así
y andando con disimulo
por todas partes circulo
sin que recelen de mí.
¡Solo yo, abrigo la duda
y vivo con impaciencia!
pero si habla mi conciencia
haré que se vuelva muda.
Calla! la diré, si grita
¡como ahora... como ahora!...
parece que me devora...
¡Silencio! Calla, maldita!

PILL. 3.° ¡Mi tio... no me equivoco!
Tio! (Acercándose.)

MARTIN. ¿Quién? Me has asustado...
(Por qué me le habré encontrado?...)

Chist!....

PILL. 3.° (¡Parece que está loco!)

MARTIN. ¡Tiemblo! Si mi plan fracasa...
oh! si el menor accidente
pudiera...

PILL. 3.° Adios, tio!

MARTIN. Vente...
Sígueme!...

PILL. 3.° ¿Á dónde?

MARTIN. Á mi casa!

(Le lleva y entran en la casa de la derecha. Klebel, disfrazado les sigue, observa que entran, pasa por delante del portal y se va á la izquierda, confundiéndose en los grupos que van disminuyendo. Aparecen por la izquierda, Bertrand, Marieta y Bautista.)

ESCENA IV.

BAUTISTA, BERTRAND, MARIETA.

BAUT. Digo... digo... Pues por ¡qué se ve tambien paño negro... colgaduras negras, banderas negras... ¡Buen domingo se va á pasar en París!... ¿Habeis oido, señor! á ese patriotilla de catorce años que iba cantando por el boulevard, con música de la Marsellesa, aquellas coplas? ¿Cómo decia? Os acordais?... (Cantando.)

«Hoy entrarán los alemanes
por culpa sólo de Trochú,
y las madres dicen á los chicos,
duerme niño porque viene el bú.
¡Cu, cu, cu, cu, cu, cu!...

Tenian mucha gracia ¿eh? (Pero ¡qué estoy haciendo!... no me oye!...)

BERT. París se viste de luto! inmenso funeral! ¡qué grande es este pueblo hasta en sus penas!

MAR. ¡Pasemos, Papá!... estamos á la puerta de casa de Monsieur Brunet... aquí deben llegar los asesinos de Luis, los incendiarios de nuestra casa!...

BERT. Dices bien! Permanecer aquí por más tiempo seria criminal! Vamos á rendir el último tributo á la amistad del honrado Brunet!... No evoques esos recuerdos!... El padre y el hijo se han reunido en el cielo y desde allí nos mandan que abandonemos esta plaza...

BAUT. Á la verdad, señor, que no hay nada tan desconsolador como los detalles de la muerte del señor Brunet... se los he oido contar á su ordenanza, y segun él, murió como bueno!... Figuraos que este es el campo de batalla... allí se baten, ¿eh? aquí están las ambulancias. ¡Tararí! un toque de corneta: las voces diversas de los oficiales que mandan ¡alto el fuego! alto el fuego! alto el fuego! (Remeda tres voces de timbre diferente.) Un guardia móvil... queda inmóvil, quiero decir, herido: á cincuenta pasos de él un fantasmon con cascote de cuero y sayo largo... esto es, un centinela sajon. Brunet ve al móvil y quiere salvarle de aquella lenta y horrorosa agonía. Va... llega hasta tocarle la cabeza, cuando ¡pum! dispara el sajonozo y cae el patriota: el móvil herido abraza á su generoso compañero y le da un beso en la frente: ¡murieron juntos!

BERT. Infeliz camarada! Vamos, vamos á verle, Marieta, ántes de que salga de su casa el fúnebre ataud. Secundemos nosotros el beso del guardia móvil. Síguenos, Bautista!

MAR. ¡Qué dia! Cómo está el cielo!

BERT. ¡Negro! Dios ha enlutado el dosel de su trono para acompañar al pueblo de París en su tristeza. Vamos!

MAR. ¡Allí están ellos! (Mirando al cielo.)

BAUT. Vamos... (Marieta y Bertrand entran en la casa de la izquierda; Bautista es detenido por Klebel.)

ESCENA V.

KLEBEL, BAUTISTA.

KLEBEL. ¡Quedaos, buen amigo!

BAUT. Eh? (¡No gano yo para sustos!) Que me quede... y para qué?

KLEBEL. Para acompañarme...

BAUT. Hola... ¿sois doncella disfrazada, acreedor impaciente ó sacristan timorato?

KLEBEL. Soy... un militar disfrazado.

BAUT. Sí? (¿Quién será este mameluco?)

KLEBEL. ¿Empezais llamándome mameluco?

BAUT. Ah! me habeis oido ese aparte! Pues ya sé quién sois...

KLEBEL. Un... soldadote...

BAUT. Con mucho corazon.., amigo del señor Gustavo... amigo de mi pobre señor Luis, ¿eh? Descubrios, desembozad ese carrik.

KLEBEL. (Desembozándose.) Que me estará como á un santo un par de pistolas... ¿no es así? Un abrazo, señor Bautista!

BAUT. No apreteis, señor sargento y ¡allá va!... pero ¿cómo vos por aquí?

KLEBEL. Chist!

BAUT. (Ah!... cómo vos por aquí?) (Entonacion cómica.)

KLEBEL. ¡Siguiéndole la pista...

BAUT. ¿Á mí?

KLEBEL. No... á él... al asesino de vuestro amo... El señor Gustavo pasó á otro puesto más cercano á París... yo le acompañé y al mismo tiempo que á desempeña aquí una comision administrativa del ejército... hemos venido á darle caza...

BAUT. Pues somos muchos los que les buscamos, y os juro que como le encuentre ¡rach! me acredito de estrangulador. Pero... no se dará con él.

KLEBEL. Yo sé más que tú y más que nadie acerca del paradero de ese bribon... pero chist!...

BAUT. Conque... sabes?... Es verdad, apéemos el tratamiento!... ¿y qué sabes?

KLEBEL. Le he visto!... allí en aquella esquina... hablaba con un sobrino suyo... los he oido...

BAUT. Lo creo... aunque hubieran estado más allá... Pero ¿y el señor Gustavo?

KLEBEL. En París como yo... ocupado como yo en vengar la muerte... el asesinato de aquel valiente... (Sale el Pilluelo

3.° de la casa.) pero... silencio; ¿ves aquel muchacho?

BAUT. Sí... á ver no me ganas.

KLEBEL. Ménos cuando se trata de abrazar.

BAUT. Cruel!... hay momentos!... ¿Y quién es aquel muchacho?

KLEBEL. El sobrino de...

BAUT. Sí... de su tio...

KLEBEL. Y ese tio es Monsieur Martin... ¡que no se vaya! Sujétale por un lado... yo por el otro!... (Rodean al Pilluelo

ESCENA VI.

(Detalles *ad libitum*.)

DICHOS, PILLUELO 3.°

PILL. 3.° Cinco francos ¡no se escurre, no!

BAUT. Monseñor! (Dándole en el hombro.)

PILL. 3.° ¿Eh?

KLEBEL. ¡Pillete!

PILL. 3.° Cómo se entiende! Ah! vamos! dice que me ha pillado!... Pues... Señor mio...

KLEBEL. Chist! (Poniéndole la mano en un hombro.)

PILL. 3.° Huy!...

BAUT. Chist!... (Tirándole de una oreja.)

PILL. 3.° ¡Ay!

KLEBEL. Nosotros somos tus amigos...

PILL. 3.° Ah! ya!... mis... (Haciendo un sonido especial con la lengua.

BAUT. Yo soy vuestro amigo, monseñor!

PILL. 3.° (Me parece que este amigo viene de visitar al Dios de las parras!)

KLEBEL. Tú serás el borracho!...

PILL. (¡Diablo! Qué oido tiene el otro fantasmon!.)

KLEBEL. Tengo mejores manos...

PILL. Soy mudo.

KLEBEL. Habla!

BAUT. Hablad sin miedo, monseñor, os protegemos.

PILL. (Si será portugués!) Muy señores mios y de todo m

respeto... No tengo una palabra que añadir y... por lo tanto... (Da media vuelta.)

KLEBEL. Quieto aquí! (Sujetándole.)

PILL. Ay! qué suavidad!

BAUT. Dignaos estar quieto... monseñor. (Tirándole de la nariz.)

PILL. Uy! qué amable y qué caprichoso sois... (¿De dónde habrá salido este par de sombras chinescas?)

KLEBEL. Con que... sombras... eh?...

PILL. Perdonad!... qué quereis que os diga?... ¿Cuándo entran los prusianos? Dentro de un instante... ¿á dónde voy? á convidar á mi novia á la taberna de Lebœuf... esto es mal hecho en un dia como este... lo sé... pero ¿qué quereis? á mí me gusta obsequiar á las mujeres... no tengo edad para ser patriota... llevo cinco francos... me los gasto y se acabó.

KLEBEL. Y de dónde has sacado esos cinco francos?

PILL. Me los han dado.

KLEBEL. ¿Quién?

PILL. ¿Qué os importa?

KLEBEL. ¿Quién? (El uno le tira de la orja y el otro de la nariz.)

PILL. ¡Mi tio! (Con una mano en la nariz y otra en la oreja.)

KLEBEL. ¿Cómo se llama tu tio?

PILL. Monsieur Martin.

KLEBEL y BAUT. ¡Ah!

PILL. Ah!... (Remedándoles.)

KLEBEL. ¡Chist!

PILL. Oh! (Inclinándose.)

KLEBEL. Si contestas á una sola pregunta que voy á hacerte, te doy... diez francos.

BAUT. Y yo... medio franco.

PILL. (Á Bautista.) Sois generoso!

BAUT. Así, así... monseñor!

PILL. Dale bola!... (Á Klebel.) Sois un hombre honrado... preguntad.

KLEBEL. ¿Por qué te ha dado tu tio ese dinero?

PILL. Por cuidar de un niño que tiene en su casa.

BAUT. Eh? (Rápido.)

PILL. Eh? (Idem.)

BAUT. Digo, ¡eh!... preguntando.

PILL. Ah!

KLEBEL. ¡Voto á mil bombas!

PILL. Uy!

KLEBEL. Acabad!

PILL. ¡Qué diablos! Os lo diré todo... me pareceis un bello sujeto... más bello sujeto que mi tio Martin: me dais diez francos porque hable, y él nunca pasa de los cinco porque calle... vuestra es mi lengua!

BAUT. Al grano...

PILL. ¿Qué grano? (Tocándose la cara.)

KLEBEL. Al asunto!...

PILL. Pues bien: monsieur Martin tiene un chiquillo, y cuando él no está en casa, quiere que yo le cuide, que le cunée y acerque á sus labios el biberon, hasta que él viene con una nodriza: esto sucede tres veces al dia y los ratos que me deja en libertad, me voy á convidar á mi novia... me gasto los cinco francos y... hé aquí todo.

KLEBEL. ¿Y cuál es la casa de tu tio?

PILL. Tiene varias!...

KLEBEL. ¿Dónde está su cueva?

PILL. Ah! sí... su cueva es... esa.

KLEBEL. Toma los diez francos!...

PILL. Gracias, príncipe... (Á Bautista.) Y vos... ¿cumplis vuestra palabra, mariscal?

BAUT. ¿Dónde está el niño?

PILL. (¡Habré hablado de más!)

KLEBEL. No.

PILL. Qué?...

KLEBEL. Que dónde está el niño!...

BAUT. No os hagais el distraido, monseñor!... (Dándole papirotazos en las orejas.)

PILL. Vais á ser causa, mariscal, de que me salgan sabañones en las orejas... (Klebel le vuelve por un brazo: el Pilluelo gira sobre los talones, da un salto atrás, pisa á Bautista, éste se baja á causa del dolor, y el Pilluelo salta por encima y se aleja

corriendo.)

KLEBEL. ¡Voto á mil bombas!

BAUT. Ay!

PILL. (Al bastidor.) Soy vuestro humilde siervo!

KLEBEL. Ah! tunante!... No tengais miedo, señor Klebel, yo daré con él. (Váse.)

ESCENA VII.

KLEBEL.

KLEBEL. Bah!... la historia de ese niño es lo que ménos interesa. Lo importante es que mi oficial sepa el paradero de ese monsieur Martin, y ya estamos sobre la pista! En cuanto ese hombre salga... forzosamente le he de ver y... (Gustavo aparece por el fondo, se acerca poco á poco á Klebel y dice en voz baja.)

GUST. (¡Berlin!...)

KLEBEL. (Volviéndose.) Ah!... ¿Sois vos, mi oficial?

GUST. Klebel?

KLEBEL. El mismo.

ESCENA VIII.

DICHO, GUSTAVO.

GUST. ¿Le hallaste?

KLEBEL. Su pista sigo,
y el mismo infierno le encierra
si dar con él no consigo.

GUST. Pero...

KLEBEL. Á matarle me obligo
si no le esconde la tierra.

GUST. Eso no!... por la sagrada
memoria del que allí mora, (Al cielo.)
víctima sacrificada
á la intencion depravada
de un alma vil y traidora.
Ante el Dios crucificado

bañar mi acero he jurado
en el pecho del traidor,
y al juramento prestado
faltar, es un deshonor.
Poco es una sola vida
para apagar el volcan
de mi sangre enardecida,
ni puede abrirse ancha herida
por donde quepa mi afan.
Deberia el traidor vivir,
resucitar y morir
y otra vez asesinado,
volver ciento al existir,
y otras ciento á ser matado.
Y es porque en mi corazon
arde ese anhelo incesante,
desde que vió mi afliccion
aquel pálido semblante
inerte sobre el cañon!
¡Pobre Luis! Aún el oido
el grito de ¡fuego! escucha,
y el lamento del herido:
¡aún en medio de la lucha
veo su cuerpo tendido!
No sé si la luna pia
mató su luz con espanto,
ó si la Vírgen María
extendió, al ver mi agonía,
sobre mis ojos su manto.
Mi corazon palpitaba
con tal fuerza y tal dolor,
que su latido apagaba
de la impía lucha, brava,
el estruendo aterrador!
Desde entónces, una idea
guia constante mi fe;
allí donde al traidor vea,

aunque en un sagrario sea,
la vida le arrancaré.

KLEBEL. Digna de tales villanos
no es, por Dios, nobleza tanta.

GUST. No abrigues intentos vanos!

KLEBEL. Dejadme que con mis manos
le eche un nudo á la garganta!
¡Morir así, de honra lleno,
con la espada... como bueno!...
no... de un traidor con tal mengua
la sangre suelta veneno,
y hay que arrancarle la lengua!

GUST. Á mí matarle me toca;
no has de intentar, ni un momento.
privarme de su tormento,
Klebel... lo juró mi boca
y es honor el juramento.
Quiero de su muerte alarde
hacer... lo estoy anhelando
y me enoja lo que tarde...
más, tiemblo porque el cobarde
su fuga está proyectando.
Mira lo que pude hallar
en manos de una griseta... (Le da una carta.)

KLEBEL. Esta carta no me inquieta,
como no logre escapar
por una puerta secreta.

GUST. No ponga tu lengua tasa
dándome fieros enojos
en la furia que me abrasa...
qué hay?...

KLEBEL. ¿Pues no veis que mis ojos
no se apartan de esa casa?

GUST. ¡Allí está el vil! (Queriendo ir.)

KLEBEL. ¡Detenos!
es preciso no espantarle...

GUST. Es verdad...

KLEBEL. Á un lado haceos...
GUST. No me prives de matarle!
Klebel...
KLEBEL. Será mi intencion
la mano de su destino.
Si asoma... de un empujon...
GUST. Y una vez en mi camino...
que Dios le dé su perdon!
KLEBEL. Oh! su suerte es bien fatal.
(Ruido de gentes.)
GUST. Se acercan...
KLEBEL. ¡Silencio, pues!
GUST. ¡Cual gozaré con su mal!
quién viene?
KLEBEL. ¡El pueblo francés
que asiste á su funeral!

(Salen de la casa de Brunet, Marieta y Bertrand. Aparece Bautista con el Pilluelo. Se renueva la animacion.)

ESCENA IX.

DICHOS, MARIETA, BERTRAND, BAUTISTA, PILLUELO 3.°, en dos grupos.

BAUT. ¿Veis cómo os dais á razones, monseñor?. (Se les reune Klebel.)
MAR. ¡Cuántas amarguras! qué interminable cadena de sinsabores!
BERT. ¡Dichoso él!... ha muerto sobre un campo de batalla!
GUST. (Ellos son!... no me cabe duda!)
BERT. Alejémonos... lloremos en nuestra soledad estas desventuras. Se aproxima la hora de que entren los invasores y aún tenemos que recorrer mucha distancia para llegar á nuestra nueva casa... ¡allí siquiera estamos en el campo! podemos llorar sin que nos vean.
MAR. ¡Pobre hijo mio... desventurado Luis! (Echan á andar.)
GUST. (Señor Bertrand! os quereis ir sin estrechar una mano amiga?)
BERT. Esa voz...

MAR. Es la de Gustavo.

GUST. Marieta... Monsieur Bertrand! (Le abraza con efusion.)

BERT. Oh! un placer entre tantos sufrimientos! Sabeis...

GUST. Todo! (En el otro grupo.)

KLEBEL. Es necesario... (Al pilluelo.) Te vas á ganar... mil francos.

BAUT. Mil francos te vas á ganar.

PILL. Sois la tentacion! ¡Diablo!. ¿Cuántas cosas no se pueden comprar con mil francos?

BAUT. Dos de á quinientos...

KLEBEL. ¿Hay reparos todavía?

PILL. Esperad!... (Despues de todo, mi tio es un demonio... Quién sabe si haré una buena obra engañando al traidor!)

BAUT. Repara que por mil francos se da hoy la vuelta al mundo!

PILL. Esto es hecho... seguidme!

KLEBEL. ¿Vamos á buscar esa escalera accesoria?

PILL. Sí... por detrás de la casa! tenemos que cruzar por la alcoba en donde está el niño.

BAUT. (¡Dios nos saque con bien... llevo seis tiros!... Es la primera vez de mi vida que me encuentro con valor expontáneo... natural...)

KLEBEL. Lo creo sin que lo jures.

BAUT. No oigas, sargento... no oigas. Cada uno tiene sus debilidades.

KLEBEL. Sí... pero este... (Sacando un rewolver.) carga doce balas... y en mis manos!

PILL. (El cariño de un tio como monsieur Martin no vale mil francos!) En marcha! (Se van.)

GUST. ¿Y perdísteis vuestro hijo en el incendio? (En el otro grupo.)

BERT. Está en poder del infame...

GUST. Oh! rabia... pero no desconfiemos! Vuestro hijo se salvará. ¿Quereis que le llame mi hijo? ¿Habrá quien le ame tanto como yo, despues de vosotros? Tengo fe... no sé quién me la inspira... pero ¡se salvará! (Se oye un

toque de corneta. Movimiento en todos los grupos.) Oh! el cuerpo de ejército se aproxima.

BERT. Vamos... vamos!

MAR. Ah! sí, Gustavo, mi hijo... mi pobre hijo!

GUST. Es necesario que permanezcais aquí hasta que los soldados se marchen... están tomadas todas las avenidas!

UNA VOZ. ¡Muera Prusia!

OTRA. Silencio! Demos el gran ejemplo de la prudencia!

BERT. ¡Si me hubieran dicho esto hace treinta años!...

GUST. Sufrís mucho, señor Bertrand, lo comprendo... pero ¿cómo evitarlo?

MAR. Mi hijo! Dios mio... que se salve ese ángel.

GUST. (Klebel tarda... tarda mucho!) (Aparece la vanguardia de una columna alemana que se detendrá mientras dura la escena siguiente, hasta que el General llega á la cabeza, firma un papel que le da un ayudante y se vuelven, tocando una banda militar.)

ESCENA XX.

DICHOS, PUEBLO, GENERAL.

GRIS. 2.ª ¡Qué caras... más caras! ¿Ves aquel oficialote de los bigotazos?

GRIS. 1.ª ¡Qué olor!

PILL. 1.° Parece mentira que esta chusma...

PILL. 2.° Chist, German! No seas calavera, que esta gente no se anda con paños calientes!

GEN. ¡Estamos en París! (Á un Ayudante.)

BERT. Oh!

GUST. Señor!... prudencia!

GEN. ¿Han firmado ya todos? Dadme el tintero de campaña. (Firma y devuelve el papel.) Vámonos de París! (Con altanería. La columna vuelve tocando la música. Pausa.)

ESCENA XI.

DICHOS, ménos el GENERAL, MARTIN, PUEBLO.

BERT. Oh! esto es insufrible!... mi sangre se atropella... son

estrechas mis venas para contenerla! Pueblo del noventa y tres... héroes de siempre!... mártires de ahora...

GUST. ¡Señor Bertrand!

BERT. No!... dejadme!... Es necesario purificar esta plaza... es necesario que el fuego borre las huellas de la falange invasora... ¡aquí se respira mal!...

CAB. 1.° Sí... tiene razon...

CAB. 2.° Ese viejo es el veterano Bertrand.

UNA VOZ. El padre de mi capitan...

CAB. 1.° Á purificar la plaza!... (Los grupos se deshacen y algunos hombres traen haces de paja, que encienden en seguida.)

GUST. (Y yo tengo que oirlo... presenciarlo... ¡á qué cosas obliga el corazon!)

MAR. Gustavo! Gustavo!... y mi hijo? (Se abre un balcon de la casa de la derecha y aparece Martin.)

MARTIN. Oh! qué llamas son esas?

GUST. Ira de Dios... miradle!...

BERT. Infame!...

MAR. Asesino!

GUST. Ya encontré vuestro hijo, Marieta... Ayudadme, buenas gentes! Vamos á hacer justicia en la cabeza de un traidor. Ese hombre es Martin el espía.

GRIS. 2.ª Ese, ese es el de Mabille!...

GRIS. 1.ª ¡Qué horroroso!

VOCES. ¡Al traidor, al traidor!

MARTIN. Ah! sí, venid! apoderaos de mí, señor Gustavo; pero ántes de que caigan vuestras iras sobre mi cabeza, ¡mirad! (Enseña un puñal.) mirad, señora Marieta!... es para vuestro hijo! (Desaparece.)

MAR. Ah!

VECINA. (Abriéndose paso.) No... no le mateis; vais á matar á m hijo inocente!...

BERT. ¡Cómo!...

MAR. ¡Catalina! ¿qué decis?

VECINA. Por Dios!... por lo que más amais... os he buscado por todas partes desde la hora del incendio... los niños estaban juntos en la cuna del vuestro, y ese criminal se

llevó el mio!

MAR. Oh!

BERT. Estais segura? mi nieto está á salvo de todo peligro?...

VECINA. Paulina le está meciendo en su cuna... pero yo quiero mi hijo.

UNA VOZ. ¡Incendiemos la casa del traidor!

TODOS. Sí, sí!... (Martin aparece en la puerta, puñal en mano.)

MARTIN. Ese niño ha exhalado el último suspiro!

BAUT. Quieto, bribon! (Sujetándole por detrás.)

KLEBEL. Dejadle por mi cuenta!... este hombre me pertenece.

GUST. Á mí... en nombre de Luis Bertrand!

BERT. Á mí... en nombre de la patria!

VECINA. No! á mí, en nombre de mi hijo... (Se arroja al cuello de Martin, le rodean los grupos y se le llevan voceando.)

TODOS. ¡Muera, muera!

GUST. ¿Lo veis, Marieta?

MAR. ¡Justicia de Dios!

GRIS. 2.ª Vamos... compañeras... mi pareja de baile va á danzar el *solo* de la cuerda floja! (Se van.)

BAUT. Ya hice algo por la patria!

KLEBEL. (Y... no has tenido miedo?)

BAUT. Miedo yo!!... á tu lado... es decir... no... al lado de m rewolver!

KLEBEL. (Á Gustavo.) Señor oficial... todo se ha conseguido.

GUST. (Dándole la mano.) Gracias, Klebel.

MAR. ¡Pobre Catalina!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PUEBLO.

BAUT. ¡Se le han llevado!...

MAR. ¡Qué horror!

GUST. Klebel!... y no le he matado.

KLEBEL. El Pueblo que le ha arrastrado
tiene derecho mejor.
Ya nuestra mision cumplida,

señor, nos llama el deber.

BERT. Os marchais?

GUST. Para volver
cuando curada la herida
que ha sufrido esta nacion,
á su suelo bendecido
pueda el artista afligido
volver por su corazon. (Á Marieta.)
De mi amistosa constancia
nunca os olvideis, María...

MAR. Volved, Gustavo! (Expresion.)

GUST. Algun dia
podré saludarte, Francia.
Adios... todos!

KLEBEL. Vamos, pues...
señor, que al veros llorando
tentaciones me están dando
de convertirme en francés.

BERT. Bravo soldado!... (Dando la mano á Klebel.)

MAR. ¡Qué afan!...

KLEBEL. Creed que con pena os dejo...

GUST. Vamos!

KLEBEL. Qué diablo! este viejo
merece ser aleman!... (Vánse.)

(Se abre la puerta de la casa de Brunet y aparece un cortejo fúnebre.)

BERT. Ah!...

MAR. Padre!... el ataud
de Brunet!...

BERT. ¡Todos al suelo!... (Se arrodillan.)
¡Mirad, cómo van al cielo
el valor y la virtud!...
Pueblo! maldice la guerra
que en violentas convulsiones
los más santos corazones
arrebata de la tierra!...
Ejemplo será fecundo

el que, por nuestra nacion,
la soberbia y la ambicion
están ofreciendo al mundo...

(Durante esta relacion los acompañantes, con el ataud, describen un semicírculo, recorriendo parte de la escena con silencio religioso.)

¡Aprenda la humanidad
á ser cristiana, á ser pía...
Sólo así tendrá algun dia
su templo la libertad!...
Por el miserable afan
de las orillas de un rio,
salió nuestro poderío
por las puertas de Sedan.
«Pero las madres que al fin
»se van sin hijos quedando,
»harán un rio llorando
»más caudaloso que el Rhin.»

(El ataud desaparece con el resto del cortejo.—Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA

Faltaríamos á un deber si no hiciéramos constar nuestra profunda gratitud al aplaudido y laborioso primer actor Sr. Farro, así como á los demas artistas que han estrenado *El sitio de París*, con tan corto número de ensayos que, de seguro, tendrán siempre recuerdo de lo maravilloso del suceso. Ademas de otorgarles con sumo placer la mitad de los aplausos que éste drama ha recogido, les envian esta pequeña expresion de cariño sus amigos

ELOY PERILLAN.—PEDRO MARQUINA.

ACTOS.	TÍTULOS.	PROPIEDAD.
3	Mefistófeles	Libro.
3	El robo de Elena	Un tercio. Música.
3	La bella Elena	Mitad. Música.
3	La Suegra del diablo	Libro.
3	Un casamiento republicano	Libro y música.
3	El Suplicio de un hombre	Idem idem.
2	La Esmeralda	Idem idem.
2	Cinco semanas en globo	Música.
2	El Teatro en 1876	Idem.
2	La Sensitiva	Libro y música.
2	El jóven Telémaco	Música.
2	Franchifredo (Dux de Venecia.)	Idem.
2	El hábito no hace al monje	Idem.
2	Las Amazonas del Tormes	Idem.
2	Pablo y Virginia	Idem.
2	Punto y aparte	Idem.
2	La Favorita	Idem.
1	Telémaco en la Albufera	Mitad.
1	Congreso doméstico	Libro y música.
1	La vuelta de Escupe-jumos	Idem idem.
1	Adios mi dinero	Libro.
1	Los Estanqueros aéreos	Libro y música.
1	Las cartas de Rosalía	Idem idem.
1	Soy mi hijo	Idem idem.
1	Las tres Marías	Idem idem.
1	Genovevita	Idem idem.
1	I Ferochi Romani	Libro.
1	Tanto corre como vuela	Música.
1	La casa roja	Idem.
1	Los Peregrinos	idem.
1	Recuerdos de gloria	Idem.
1	Santiaguillo	Idem.
1	Impresiones de viaje	Idem.
1	Doña Casimira	Idem.
1	Despierta y dormida	Idem.
1	Quién es el loco	Idem.
1	Un muerto de buen humor	Idem.
1	El que siembra recoge	Idem.
1	Dos truchas en seco	Idem.
1	El matrimonio	Idem.
1	La Epístola de San Pablo	Idem.
1	Canto de Angeles	Idem.
1	El general Bum Bum	Idem.
1	Huyendo de Paris	Libro y música.
3	Jorge el guerrillero	Libro.
1	Firmar las paces	Libro y música.
2	El retorno de D. Próspero	Idem.
1	Chamusquina	Música.
1	Dolor de cabeza	Libro y música.
1	El Carbonero de Subiza	Libro y música.
1	Un ensayo de Pepe-Hillo	Libro.
3	Un palomino atontado	Libro y música.